

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1955

Mayo - Junio

Nº 4

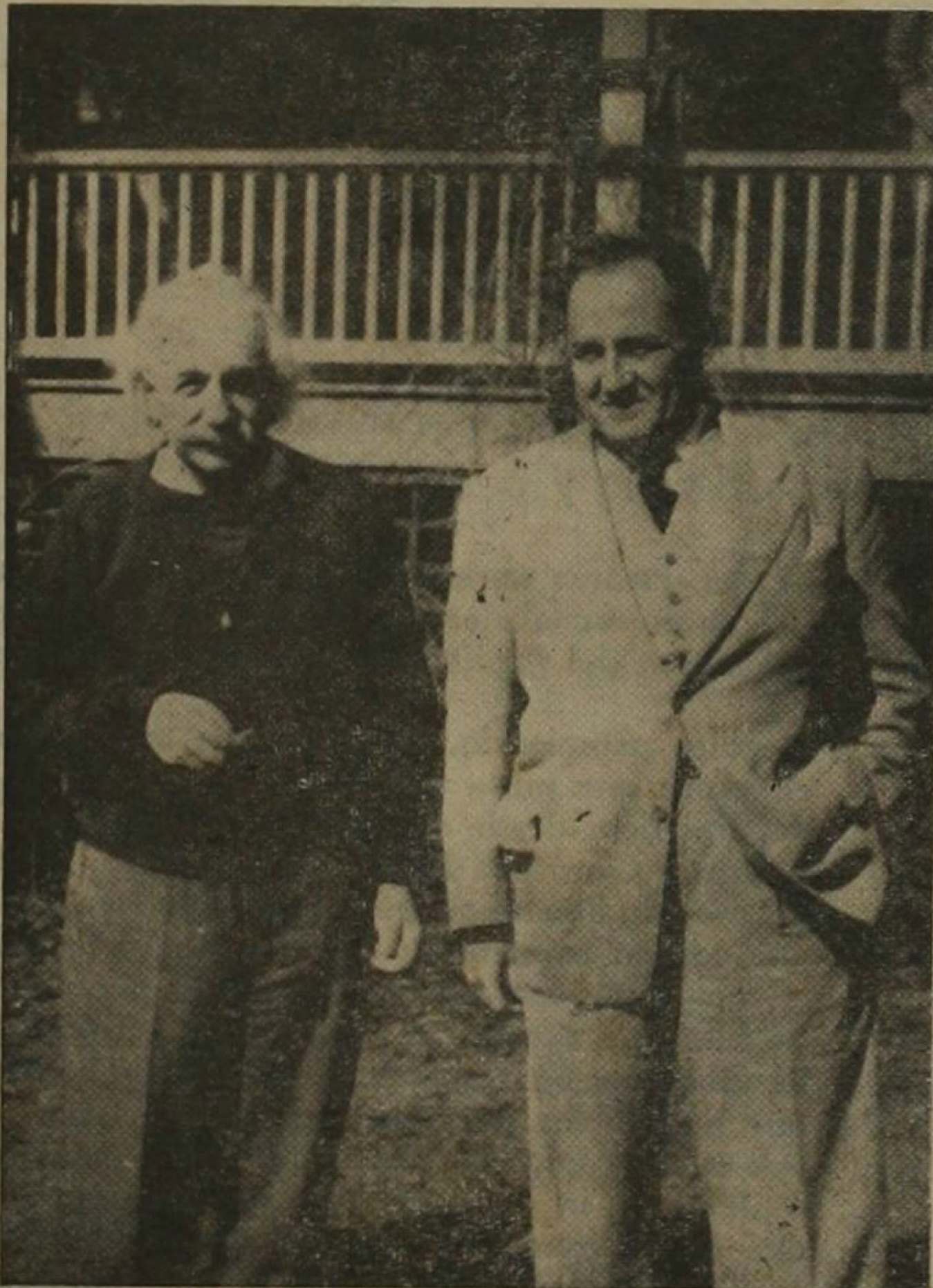
Año 34 — No. 1167

In-Memoriam

ALBERTO EINSTEIN

Por Haya de la Torre

(Envío del autor. Es un recorte de El
Tiempo de Bogotá, 7 mayo, 55)



Haya de la Torre y Einstein

*

Estreché por primera vez la mano de Einstein en Berlín en casa de otro también ya muerto profesor alemán, cuyas vinculaciones con Indoamérica han sido atestadas en cuatro buenos libros: el economista Alfonso Goldschmidt. Y ello aconteció en el duro invierno de 1929. Einstein y Goldschmidt solían visitarse y era yo entonces secretario del "Wirtschaft Institut Latein-Amerika" que Goldschmidt fundó, y trabajaba con éste en su biblioteca en Grudewald. Eventualmente conversé más de una vez con el justamente llamado "Aristóteles" de nuestro tiempo, y le escuchaba tanto en sus conversaciones con Goldschmidt como en las que de semana en semana sostenía públicamente con Plank en la rotonda del Instituto de Ciencias; amables torneos verbales que eran presenciados por gran número de gentes interesadas en los problemas de la Relatividad y el Quanta.

Oí tocar violín a Einstein en una pública velada de caridad realizada en la sinagoga mayor de la vieja "Monbijoustrasse" de Berlín en 1930. Y cuando en 1932, prisionero yo de la dictadura militar de Sánchez Cerro en la penitenciaría de Lima, corrió por el mundo la noticia de mi inminente fusilamiento, Einstein fue de los primeros en enviar un honroso telegrama, redactado con severa sobriedad admonitiva en reclamo de mi vida. El texto de aquel mensaje —no reproducido aquí por muy obvias razones— es ciertamente una de aquellas grandes e inmerecidas compensaciones que la vida depara, cuya fuerza moral sirve de compañía y estímulo en los silencios adversos.

Una vez —creo que este episodio va incluso en las notas compiladas en mi libro "Ex-Combatientes y Desocupados" —relaté a Einstein una agudeza o "chiste científico" del astrónomo bonaerense

Martín Gil, y el sabio rió de buena gana y halló coyuntura para decir cuánto le había llamado la atención en su viaje a nuestro continente la perspicacia y la viveza imaginativa latinoamericana. Martín Gil había dicho que toda la teoría de la Relatividad se basa en el principio absoluto de que la luz avanza en el espacio con la más grande de las velocidades conocidas — 300 mil kilómetros por segundo— y que, en consecuencia un rayo solar tarda en llegar a la tierra 8 minutos. "Yo conozco una energía —decía más o menos textualmente Martín Gil— de velocidad mayor que la de la luz y es la del pensamiento. Mientras ella emplea en venir del sol a la tierra 8 minutos, yo voy con mi pensamiento al sol y vuelo en dos minutos".

Einstein, debo confesarlo, ha sido para mí el hombre más egregio de nuestra época y ningún otro ha concitado tanto de mi humilde admiración. Su bondadosa simpatía, sus palabras de aliento, son privilegio de mi vida. Y, acaso porque su generosidad era amplísima con los jóvenes, un día, en casa de Goldschmidt me hizo una amable broma. Súbitamente me dijo:

—Como usted y yo somos co-autores de un libro juntos...

Y riendo ante mi estupefacción, me recordó que en 1926 se publicó en homenaje a Romain Rolland el lujoso "Liber Amicorum" que prepararon Máximo Gorky y Stephan Zweig, para honrar al autor de "Jean Christophe" en su 60 aniversario. Conocida por ellos mi filial amistad con Romain Rolland, los compiladores me otorgaron un lugar en aquel volumen honrado por las firmas más ilustres del mundo. Y ahí figuraba, claro está, el tributo de Einstein:

—Sí, mi amigo, en el "Liber-Amicorum" de nuestro amado Rolland, dijo muy alegre de verme un tanto confundido.

En 1947 estuve a visitarle en Princeton. Había envejecido mucho en 16 años, pero la rara luz de sus ojos brillaba siempre igual desde el fondo de su portentosa mente. La misma voz suave y pastosa, casi paternal en el diálogo, pero con una novedad. Ahora Einstein hablaba en inglés, no muy claramente —honraba así el idioma de su tierra de asilo— mas en cuanto comenzaba a tocar temas profundos se deslizaba casi sin dejarlo sentir hacia la lengua alemana. Entremezclaba ciertas vocablos germanos con los ingleses —Zeit, Bewegung, Materie, etc.— y luego entraba de lleno en el caudal de su lengua nativa durante largos períodos. Entonces, su pensamiento parecía más denso y luminoso.

En su sencilla casa de Princeton fue para mí un huésped auspicioso. Me invitó a pasear su soleado jardín —comenzaba la primavera— y cuando cerca de

la repostería tropezamos con unas cestas llenas de comestibles recién llegados del almacén, me comentó sonriente:

—Son mis provisiones para toda la semana.

De pie, mientras nos fotografiaban, el profesor Einstein me reiteró amables palabras de aliento acerca de mi proposición sobre el Espacio-Tiempo-Histórico. Me estimuló a seguir y recalcó el significado subjetivo del Espacio-Tiempo —no sólo perspectiva en la historia, según mi interpretación, sino conciencia de ella — y luego me repitió con mucho convencimiento:

—It sounds so logical that it seems that a whole theorie could he set up.

Y luego en tono más bajo me expresó que deseaba que yo tuviese todo el tiempo posible para seguir en estas investigaciones.

Lo más importante de aquella conversación con Einstein fue su claro optimismo respecto de las grandes expectativas en el uso de la energía atómica para fines pacíficos. "Sus posibilidades aparecen imprevisibles", aseveró. Y cuando yo le expresé que en mi sentir con aquel nuevo y prodigioso poder del hombre sobre la naturaleza vendría la revolución que realmente transformaría al mundo, dijo en alemán: "Son nuestras esperanzas y también nuestros deseos". Entonces, como yo le mostrara una cajita que acababa de recibir de unos redactores de la revista "Time" de Nueva York, conteniendo unos fragmentos de la tierra radiactiva de Hiroshima, Einstein me aconsejó que pusiese siempre lejos de mí aquel histórico regalo.

Esta tarde caminando por la Kungsgatan de Stocolmo con el periodista Ja-

mes Rossel, leímos en las carteleras la noticia de la muerte de Einstein. Gentes de todas las edades se detenían a leer y releer las breves líneas en silencio. "El padre de la física nuclear" le llaman los grandes diarios. Y en un grupo de muchachos y muchachas que habían desmontado de sus bicicletas y comentaban en voz baja la noticia, oímos a uno de ellos decir a su vecino:

—El más grande sabio del mundo; el descubridor del "E igual eme ce dos".

Acaso sobre su tumba sea esa fórmula el mejor epitafio.

Helsinki, mayo.

El poema de Honduras

Por Rafael Heliodoro Valle

(En Rep. Amer.)

(A los grandes abuelos mayas que cincelaron el rostro del Tiempo con amor, sabiduría y paz).

Desde la transparencia constante del recuerdo veo tu rostro dulce y triste, tus montañas con nieblas en la gloria solar del mediodía, tus pinos con balsámicos rumores y fragancias, y en el fondo los pueblos con luces en la noche . . .

Te quiero por pequeña, por suave y sensitiva, ásperamente dulce como la piña de oro que en tus vergeles surge con su miel concentrada como si fuera síntesis del verano moreno en que la abeja hilvana sus sueños con paciencia, flotando entre las frutas que los golosos pájaros —los más esplendorosos del mundo— picotean en las cuatro estaciones. ¡Oh melódica Honduras, tierra dulce y pequeña, tierra del rostro indio y del alma española; hija del Almirante que iba ciego en el mar, como si te buscara su olfato ¡oh flor telúrica, ¡oh isla vagabunda del Alto Mar Océano! Y se quedó mirándote pasar cuando tus islas pasaron encendiendo su mirada de errante poeta y te nombró al caer de rodillas para dar las gracias por haberse evadido de una larga tormenta frente a tu litoral en uno de esos días en que hasta las gaviotas se quedan suspendidas entre el agua y el cielo, buscando el rumbo, ciegas, en la áspera locura del sol innumerable . . . ¡Oh tierra blanca y azul! Ya tu bandera trasunta lo más puro del día y de la noche, la prístina inocencia y el sueño más audaz, la libertad magnífica y la pureza virgen del alma que se entrega al futuro perfecto, y olvidando los días nefastos, las cruentas pesadillas, los bárbaros holocaustos caníbales que emigraron del Africa, acaso del Brasil con gritos ululantes y tambores de gala, hasta que el europeo llegó en su carabelas, desafiando las furias eléctricas, los vientos contra los cocoteros, desmantelando velas, gritando: ¡Más allá! Sí, más allá, tal fue la voz, Honduras. Siguela, óyela, suena al otro lado de los peñones donde se detienen las aves marinas y las brújulas navales enloquecen y las redes errantes del radar cumplieron profecías, ya los nuevos oteadores del viento y del cielo presagian para tí grandes días henchidos de la dicha posible. Hay una [estática en la Historia, que siempre ha precedido a los advenimientos

de las auroras áureas de esplendor. El compás del barco-escuela capta las ondas más sutiles del hierro del Agalteca y el temblor de los nervios del Golfo [de Fonseca

el golfo promisorio, en que sigue escondido el tesoro que pudo rescatar el pirata que llegó sobre el lomo del Pacífico, desde el Sur de Pizarro. Aun se miran las huellas del gran González Dávila en las aguas salobres, de ese Mediterráneo que tiene muchas islas que cantan encantadas como si fueran novias en una sinfonía en que aparecen garzas dibujando poemas de blancura estatuaria y de silencio exacto.

El Golfo es un tesoro que guarda los secretos que buscan los que creen en la Atlántica, los buzos que sueñan con galeones hundidos y con arcas repletas de la plata primera de tus montes, que en su fondo callado de clepsidras escuchan caer las silenciosas lágrimas de los mineros que rescataron plata y recibieron cobre.

¡Oh muertos! vuestros puños se alzaron sin remedio, sin esperanza, disteis en lo oscuro del túnel la sangre y el sudor, sin que se identifiquen en la vieja moneda que decía:

**El libre ofrece paz,
pero el siervo jamás.**

¡Jamás! Esta palabra impura no debes repetirla; no vuelvas al pasado, no mires tu ignominia, que el futuro [está en flor

y aun puedes cultivarlo; tú llevas una mina más rica que las otras, es tu mina interior; no la gastes, ahórrala, no para el odio estéril; no vuelvas al pasado que te puso en el mapa con horrendos colores, y que manchó tu azul y tu blanco y tus pinos, que son la primavera, la imagen del futuro que aguarda como novio, a tu puerta, sonando su guitarra con el cuello adornado de jazmines insignes. Sé siempre cual la flor más excelsa del patio de tu casa sencilla: el jazmín en la pura expresión de tu heráldica; de día está orgulloso de su blancura, dando su aroma penetrante su canto de poeta enamorado siempre de las formas sagradas, la niña que aparece en el balcón y escucha la serenata de músicas sublimes, de palabras que no pueden decirse, y el sol sobre las altas madre selvas cae, dejando pétalos de cielo sobre los sueños castos de las calandrias ebrias

de canto, que han construído sus nidos en los viejos amates
a la orilla del río que, en el verano, duerme
y se sale del cauce en invierno y se enoja y se lleva los puentes
de piedra, que eran juegos de niños en el vado;
los puentes del azteca, del indio
que hizo ciudades de palabras que tienen
un acento gracioso, y aun resuenan en nuestro corazón encadenado
a la música antigua: Siguatepeque, pueblo de muchachas;

[Guacerique,

nombre canoro, fresco, cargado de peces y de estrellas;
y algunos nombres mayas que vienen caminando
desde muy allá del día en que nacieron las estelas de Copán
y desde el día en que alzó,
poderosa, su antorcha, el Dios del Viento;
Ulúa, Sula, Omoa, Danlí y Oropolí, resbalan lentamente
en el oído como gotitas en la antigua
cueva en que están dormidas las edades
que vieron los primeros pinos, los primeros caobos, los ceibos
[de raíces milenarias,

que caminan, caminan y caminan
con su mensaje oculto hasta las tierras donde
el Señor de Esquipulas ve llegar a los indios con sus
danzas y sus banderas desplegadas, el día del alborozo unánime
en que los nietos de los nietos del azteca y el maya unen
[manos y corazones
en la plegaria y en el llanto como el amate de raíces hondas
[que mece

su larga y verde cabellera sobre las aguas de los ríos
que bajan de los montes con fragmentos de ídolos
y colores de orquídeas.

¡Oh Patria!, ¡Oh Madre!, adorna tu vestido
de zaraza y tu humilde sonrisa más graciosa,
como las madres que en sus pueblos bordan
el complicado encaje para el traje
que ha de llevar el niño en el bautizo
cuando el canario dé su trino de oro
al viento claro, en el albor del día,
y la campana rota con su voz
más recóndita y llena de dulzura llame a todos
para que lleguen a la fiesta en que
compadres y comadres jurarán
quererse siempre, como los abuelos
que no tuvieron odios y juntaron
las manos, cerca de las luminarias
bajo los robles llenos de "parásitas".
de las orquídeas niñas que se asoman
tímidamente a ver pasar las nubes
desde los nidos verdes que, en el bosque,
improvisan huyendo de las manos
que buscan llamás en las flores
altas; tus orquídeas manejan tus colores
sencillamente, como los pintores
impresionistas, y como tus pájaros
carpinteros, que esconden sus ahorros
para el invierno, entre los broncos troncos
del roble en que encontraron su refugio
las colmenas huidizas que robaron
su miel a la guanábana, y al pino
su madrigal más fino entre la lluvia

¡Oh Patria, sé siempre propicia
a tus hijos, sonríeles, y cuéntales
tu ambición más humilde, no tu historia
hundida en sangre y lágrimas cobardes!
Dales valor en los días difíciles,
y que toda la familia esté contenta
y orgullosa de ti ¡Oh Patria, oh Madre!
Tus valles son de luz en que se azula
el agua llena de cristal canoro,
El Zamorano y el Valle de Sula,
los de Sensenti, Quimistán y Yoro,
el Valle pingüe, el valle del solsticio
de invierno y el feraz y frumenticio,
con el confín que no tiene horizonte,
tierra de pan-llevar sin beneficio,
que sólo tiene el trino del sinsonte.

Y esos pueblos callados, íngrimos y remotos,
allá en el hondo fondo, coronados de humo,
y llenos de muchachas que, sin novio, suspiran,
y tienen ojos tristes como las Dolorosas

que en los templos oscuros con el manto raído en la
[Semana Santa,

salen a hacer visitas a San Juan y le muestran
puñales sobre el pecho y los ojos en blanco.
Los pueblos aparecen con sus casitas, cuando
del campanario vuelan las palomas del ángelus,
esparciendo noticias del cielo: que la Virgen
ya tiene los ojos tan azules como el cielo
de Honduras en las tardes en que el río, a lo lejos,
es serpiente de plata que ondula
al infinito. ¡Oh pueblos que se llaman
Cedros y San Antonio de Oriente, Valle de Angeles, Yorito,
Dulce Nombre, La Rosa! ¡Oh procesión
de nombres con retintín de plata antigua
que, a veces, en las noches con fantasmas, se escurre
de las botijas donde el rico más tacaño sepultó sus ahorros!
Bajo las noches claras, los ocotales
con luminarias, miran pasar a los arrieros
que van de pueblo en pueblo ofreciendo las cosas
que codician las niñas paliduchas que en la noche dormida
oyen gritar al Duende, el personaje
que arrea los ganados hacia la Costa en donde
los bananos producen oro a montones como en los días
en que se hablaba de unir a los dos mares con locomotoras.
Fué una grande ilusión, como las otras que has tenido, porque
[hay una riqueza
en el sueño, una mina inexhausta, fantasma entre las flores.
De pronto, por tu cielo pasan las guacamayas pregonando
[al crepúsculo

sus colores fantásticos; te dan las albricias
en la tarde, en el alba, los pájaros insomnes,
porque eres una vasta pajarera con luz; no hay en el mundo,
según Twomey, tan bellos y variados,
y hablan muchos idiomas, desde el maya que hablaban
los poetas del Popol Vuj, y el lenca y el chortí; pájaros
[que aun escuchan
la voz exultadora del Dios del Viento, el profeta
que seguirá en su plinto hasta que el aire muera de amor en
[las montañas

donde el quetzal, joya cerúlea, tiene un nido
no de piedras preciosas sino de hierbas débiles,
y el canario de pecho de oro, que al cantar
remeda el agua íntima que taladra las piedras y penetra
[en el alma
de los dioses caídos; luego pasan innumerables niños con alas:
son los ángeles de la mañana, hondureña, los ángeles
que llevan nombres borbotantes: la calandria, el turpial,
[el zorzal, el clarinero,
es el coro sinfónico que abandona las nubes para ofrecer
conciertos
a los pueblos de Honduras, pueblos primaverales en la lluvia
perenne, pueblos de pastorela, cada uno con huertos en olor
[de guayabas

y fragancias en flor;
pueblos en donde labra su panal el Amor,
y las abejas guardan su miel sin darse prisa
y desde la montaña baja un frescor de brisa;
loor a la hermosura de tus cañaverales,
de espadas que se hunden en las noches impuras,
¡ay de las pobres víctimas de sus garras letales,
de los miles que abreven en esos manantiales
el veneno diabólico de las cañas maduras!...
En la plaza aparece en noches de retreta
la banda filarmónica que desentierra vales
con telarañas, y en la noche, en el "velorio" se cuentan
[las historias
más alegres al compás de la cena succudenta y el bárbaro licor
[que da la caña,

¡Ay! Es un niño el muerto,
un ángel, angelito
que se fugó del mundo, pues no llegó el doctor
a tiempo; las comadres comentan a su modo
el incidente, y la abuela
corta yerbas fragantes que derrama en el piso,
santiguándose para conjurar maleficios; al ángel lo sepultan
en una loma, mientras suenan guitarras y estallan los cohetes
la lluvia está cayendo con sus lágrimas lentas,
cae sobre los patios con toronjas maduras,
cae... sigue cayendo... goteando día y noche;

de pronto suena el cántico que estalla en alarido:

¿En dónde está Rosa?
Está en el jardín,
cortando la rosa,
sembrando el jazmín.

Entre jazmín y rosa aparece un machete, inesperadamente en el
[“velorio”].

El machete es la paz al revés; el cuchillo se esconde
en el momento oportuno; hay fiestas de moros y cristianos,
en que los indios danzan
por el Señor Santiago; y hay algunas peleas
sin sangre, en que los moros
huyen, pero el Apóstol se queda con las ganas
de batirse, los indios
le escondieron machetes y cuchillos, la espada se ha quedado
en el museo familiar junto a las ropas
con fino aroma de raíz de violeta en los baúles
que guardan abolidos encantos y los santos
de bulto que hace tiempo labraron los santeros de Guatemala, solos
están en un rincón de la sala con su aire
sentimental, el mismo que tiene San Antonio, el hermoso
patrón de las muchachas casaderas
(Antonio es castigado de veras
si las cosas no aparecen).

La lluvia está cayendo trémulamente sobre los recuerdos azules
de la abuela que tiene nostalgia inconsolable al abrir el baúl
con espejos, memorias y prendas del ayer florecido,
las sombras de los besos que un día,
un milagroso día, cuando menos pensaba
al salir de la misa vió al galán que, en la Pascua,
la vió pasar crugiente, sonriente, toda llena
de gracia en el Amor, y al otro día
juntaron con las manos los corazones, hubo
un alborozo unánime en las campanas; era
que el Padre Reyes bendecía a los novios
debajo de la cúpula
dorada por el tiempo. De pronto hemos llegado
a la ciudad de Reyes y de Soto y de Rosa,
la ciudad española que aun tiene callejones
y ventanas discretas por donde las palomas intrusas
bajan desde los cerros, convocadas por el
paisaje que San Miguel vigila y limpia con su espada de fuego,
que bien cabe en la rosa más fina que, en el muro
dibuja su silencio encendido, y en el aire
se queda por siempre proclamando lo eterno
en lo efímero. La rosa es tu palabra. Tegucigalpa mía,
ciudad entre las nubes, ara de mis amores,
ciudad de piedra y flores,
de piedras coloridas —más bien piedras preciosas—
casa de primavera y casa de las rosas,
cada vez que refulgen en mi íntimo sagrario,
ahí donde el clavel erige su purpúrea
belleza con rocío, y ofrece la diadema
de su aroma pretérito, su aroma que se asoma
en los versos de Reyes, el civilizador,
más grande que el guerrero que frenó su caballo
en la Plaza Mayor,

y al sólo verle exclama la muchedumbre: ¡Oh Padre,
cuídanos con tu espada, que fué la espada insigne de la ley!
En tus rosas de bronce Morazán ha encendido
su milagro perpetuo; pero el mármol de Reyes
es blanco, blanco puro, tan puro
como el blanco de la bandera
en el tope del viento que baja de las nubes que viajan rumbo

[al mar,

o que riza las aguas del Yojoa, el gran ojo demetérico
de cristal, que ha caído sobre el paisaje ciego de la luz que
[ha palpado

los robles centenarios, y luego se detiene
muy más allá, en el fondo de las casitas blancas,
blancas como la sombra de los días
sin mancha, no los días del pasado
que fueron negros, cuando en las cavernas
rugían los coyotes que, con voz humana,
eran la imagen viva de los dueños
de las riquezas pecuarias y la hermosa
alegría frutal y del dormido
silencio de los campos que la sangre
empapó inútilmente, sin dar vado
al progreso. No mires al pasado,
sumérgelo en la sombra del olvido;
tus estatuas de sal se han derretido,
y tus caudillos ya se han oxidado.
“Cortacabezas” el bandido fiero,
murió con el “lucero chilatero”
sobre Olancho, y también el “Cinchonero”
ya flota río abajo, en ese río
que va al mar del oprobio, y, entre tanto
bandido surgió un ángel con su canto:
¡Reyes, el de la estatua de rocío!

Invocación a los abuelos

¡Oh abuelos mayas, fuisteis los primeros
hombres de cielo y de maíz,
sois nuestra raíz.
visteis nacer innúmeros luceros
desde las torres. Soy de vuestro barro
y vuestro cielo. Sobre las espaldas
condujisteis las piedras con decoro,
y vuestras milpas fueron esmeraldas
entreveradas de capullos de oro.
No vuestra sangre dió la enorme gente
en que los hombres eran cristalinos,
un pueblo delicado y transparente
que supo amar la paz, y con ternura
cinceló, en el basalto, su cultura
sentándose a la sombra de los pinos.
Dadnos valor y amor, dadnos templanza,
dadnos tan sólo el pensamiento puro
para encontrar de nuevo la esperanza
y poseer la clave del futuro.
¡Oh padres, la esperanza no está inerte,
ni toda la esperanza está perdida;
no ha de volver la imagen de la Muerte
a empañar los espejos de la Vida!

Filadelfia - Washington, D. C., Septiembre de 1954.



“SELECTA”

La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Dr. E. GARCIA CARRILLO
Especialista en enfermedades
Cardio-Vasculares (Registro
del Colegio de Médicos)
Metabolismo Basal
Várices
175 varas al sur de Plaza de
Artillería



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Escuela substancialmente americana

Por Carlos Jinesta Muñoz

(En la revista *Mare Nostrum*,
México, D. F. Marzo de 1955)

Años ha, los pedagogos y educadores de América intentan encaminar nuestra enseñanza grabándole nuevo sentido. Con este deseo, menudea la renovación de programas y textos, y no infrecuentemente se ensayan diferentes métodos de escuelas europeas o estadounidenses. La inquietud es loable, hermoso el propósito por su finalidad y alcance. Todo lo que se haga por la educación e instrucción de la juventud es obra para el porvenir; con tal labor gana el hogar, el país se beneficia; el hemisferio ensancha su cultura; en suma, adelante la Humanidad. Unos guías de las tareas educativas abogan sobre todas cosas por el conocimiento, dándole preponderancia al saber, otros persiguen en primer lugar el cultivo del corazón, llevando al educando hacia el bien, las superioridades de la conducta y el buen paso en la vida. En busca de ésta o aquella tendencia, los más de los entendidos están contestes en que es trabajo primordial la preparación de maestros de primeras letras, porque la escuela es en resumen el maestro, y de su capacidad y aptitud dependen en gran parte la excelencia del alumno. Maestro y discípulo, en edificativa comprensión, realizan el ideal máximo de los educadores, rumbo al firme adelantamiento de los pueblos.

Si miramos a las diversas orientaciones que se proponen, en asuntos de educación, nos parece no muy acertado, ora el plan

yanqui, ya el sistema de Europa, trasladados sin más ni más al Continente hispanoamericano. En nuestro concepto, toda innovación extraña al medio ambiente, conviene introducirla con tiento y reflexión. Muchos pedagogos de peso recomiendan la enseñanza integral; y no pocos la unilateral. Hay quien insiste en que la faena escolar estriba especialmente en conducir al joven a la propia investigación práctica, y no a especulaciones teóricas reñidas con las realidades de la vida; y con estos fines, en programas urbanos y rurales condensa lo migajoso de su experiencia educadora.

Es cierto y verdad que en el comercio de las ideas jamás dejan de renacer principios que cambian los derroteros de una gran escuela acuñadora del pensamiento y el alma de los varones del mañana. Y se quiere despertar la vocación, de tanta voluntad juvenil, para utilizar los impulsos naturales que reclaman sus íntimas determinaciones.

La filosofía de la educación, en sus abstractos postulados, desde los tiempos griegos a los presentes, da beneficiosas reglas para la adquisición de todas las formas de la sabiduría. Son varias las doctrinas y múltiples los métodos de aprendizaje probados a lo largo de los siglos. Se quiere aprovechar las energías prometedoras del joven, y a cambio de estudio y lucha obtener ciudadanos dignos del país, de la raza

y el mundo. Sin respiro se combate la ignorancia, esa alimonia monstruosa de la existencia; con tesón se procura derramar las luces que magnifican a los pueblos. Y pensadores de visión señalan rutas para la cultura de sus naciones e indican el procedimiento, con base en la Historia, en los vínculos étnicos de la agrupación humana, las cualidades características de la tierra y los medios de mayor fuerza de subsistencia para el hombre que vendrá.

La dirección y el sello que se imprimen a la enseñanza que se imparta a los núcleos de juventud de ultramar, no pueden ser iguales, fuera de los conocimientos corrientemente universales, y los que se da, por ejemplo, en un colegio argentino. Hay diferencias esenciales entre estudiantes de otro idioma, de otro clima, de otra raíz atávica; de costumbres disímiles y aún de muy diversas leyes de extracción monárquica o sectaria.

Creemos que deben estar íntimamente articulados programas, textos, constituciones políticas, cátedras de civismo, hechos históricos y la inspiración misma de maestros y profesores, en el empuje común de la escuela, con orientación congruente por extremo.

En el caso concreto de América, todas las Secretarías de Educación podían fijarle a los estudios de la escuela un propio y único impulso, el original estilo, de acuerdo con las exigencias del ámbito continental. Escuela que busca los cultivos de la tierra, nunca exhausta; escuela cimentada en principios de democracia y libertad; escuela que conduzca al taller, al gimnasio, al laboratorio, a los empeños que fortalecen la conciencia americana.

América, en conformidad con su geografía, su naturaleza y destino, necesita labrar en definitiva la estructura de su escuela de hoy y del futuro, en la formación del hombre real, veraz y fuerte; del hombre nuevo, del hombre de la esperanza, que sea brazo, cerebro y espíritu de estos pueblos que anhelan hallarse a sí mismos, para dar en sangre y palabra su misión al mundo.

Salvación o aniquilamiento

Por Edgardo Ubaldo Genta

(Es un recorte de *El Día*, Montevideo 6 marzo 1955)

(Envío del autor)

Hubo en la historia de las guerras la llamada pugna entre el cañón y la coraza. Por un lado la pasión bélica fué desarrollando más y más los mecanismos de ataque; por el otro, el ingenio defensivo se desesperaba en oponer a los furios del armamento una masa siempre mayor en magnitud y resistencia. Pero tarde o temprano vencía el cañón, y las fortificaciones, aún las de poco relieve, utilizando todas las combinaciones posibles del metal y el cemento, cedían al asalto de la implacable balística.

Hoy, frente a las declaraciones por las que Einstein deplora sus hallazgos, conducentes a la energía atómica desplegada para la destrucción, nos explicamos la angustia de Nobel, el inventor de la pólvora química, por los estragos de su fórmula, y queriendo restañar con estímulos

a la cultura, las graves heridas que su descubrimiento ocasionara en la carne viva del género humano.

En la última guerra ya no surtía efectos salvadores el postrer recurso de la dispersión y disimulación de los órganos defensivos. Contra el fuego no queda otro arbitrio que un fuego más eficaz, potente, preciso y destructor. La carrera de los tradicionales adversarios entró, pues, en su fase de máximo dramatismo.

Paralelamente a la técnica aniquiladora se vienen desarrollando los conflictos de su empleo en extensión y trascendencia. Antes fueron de tribus después de nación contra nación, para culminar ayer entre grandes coaliciones que abrasaban continentes. Hoy nos abruma la certeza de que va a enfrentarse medio mundo contra la otra mitad. Y si ya fue probado

que hasta el vencedor queda ahora malherido, lo que está en juego es la suerte de la humanidad entera.

Por los informes que logra captar y transmitir la prensa, nos persuadimos de que los medios con que se aprestan los probables contendientes hace desaparecer la esperanza de regiones invulnerables, islas inaccesibles, tratados de neutralidad y protección de fronteras fortificadas. Hasta las selvas y los desiertos dejaron de ofrecernos promesas de hospitalidad. La hora es dantesca. El destino del hombre ha sido puesto en la balanza.

Era muy ancho y hermoso el curso del progreso, para que no nos asombre el abismo en que se corta a nuestros pies. Pero no se incurra en la ingenuidad de maldecir las armas, como si ellas fuesen

las culpables de esa disyuntiva: superar el depeñadero o precipitarnos en él. Porque la peor granada en la dulce mano de un Ghandi, se volvería tan inocente como el lirio del campo. Convengamos en que el problema de los problemas mundiales es sobre todo, de orden espiritual.

El arma atómica de ayer, la bomba de hidrógeno de hoy, la de cobalto de mañana, seguirán superándose por otra siempre más y más mortífera; lo que ha de ocurrir, mientras el arma más terrible que todas sea nuestro propio corazón.

Nada hay tan glorioso como el sentido de nuestra historia. En tanto que los millones de especies que animan la tierra sólo se dejan vivir, el hombre es el único ser lanzado a la posesión de otros bienes ajenos a su cuerpo, para obtener los cuales ha llegado a modificar la superestructura del planeta, cruzándolo de caminos, abriéndolo en canales, colmándolo en terraplenes, cubriéndolo de obras, transformándolo en haciendas, en parques, en huertos, en ciudades. Dominó cuanto alienta en lo vegetal y animal, destruyendo lo que no le convenía, multiplicando y hasta cambiando los caracteres de las especies útiles. Piedra, árbol, metal, todo se conforma de acuerdo a sus necesidades. Creó la máquina, que le da la fuerza que no le era propia. Y este titánico

imperio material creado por el hombre se encierra en un vocablo de latitud maravillosa: la Civilización.

Bien pronto tendremos pedazos de naturaleza concertados de modo tal, con tanto ingenio y tan "vivos", que harán todos los cálculos y las observaciones que se nos ocurra; pondrán en movimiento de multiplicación cuantas palancas queramos; irán con nosotros o por nosotros hacia los espacios que parecieron inalcanzables; y nuestro reino no será sólo de este mundo, sino que irá siempre más allá. Ya pesamos las remotas estrellas, conocemos la intimidad de su estructura y pronto ansiamos sorberle la energía con que palpitan en el azul.

La inmensa cuestión radica en que tanta grandeza no es la conquista del hombre unificado, sino de la sociedad dividida, al punto que la inteligencia se ha vuelto contra lo humano, ahora en el ápice de su poder. Ya no hay paralelismo entre el progreso de la razón y los valores del sentimiento. El desequilibrio entre Civilización y Cultura es la tragedia de nuestro siglo. Somos los grandes intérpretes del universo matemático y he ahí que nos hemos olvidado de esta sencilla fórmula: **Técnica sin ética es igual a aniquilamiento.**

¿Qué hacer, entonces, cuando nos vemos a cortos centímetros materiales de la palanca que puede hacer estallar el mundo y a largos kilómetros espirituales de la seguridad verdadera, que lo conserve en su quicio,

Tal debe ser el motivo de las meditaciones de los hombres que tienen conciencia de la gravedad de nuestra hora. Es más: todos podemos y debemos emularnos para un movimiento universal y salvador, en el que nadie se sustraiga para que sea eficiente.

No queremos morir. Llevamos los brazos repletos de tesoros que se acumularon por el sacrificio de generaciones y generaciones y que tenemos la obligación de entregar intactos a la falange de nuestros hijos. Si para ello es menester que cedamos en nuestro orgullo de haber orientado la existencia humana en una dirección exageradamente materialísima, procedamos con la grandeza de alma que corresponde a la magnitud de nuestra encrucijada. Sea la salvación y no el aniquilamiento.

He aquí el sentido de "Nuevo Mundo" que ansiamos merecer los hijos de América, cuando la acariciamos en nuestros sueños como la mayor y mejor esperanza de toda la humanidad.

"Repertorio Americano"

(Es un recorte de *La Nación*. San José de Costa Rica)

Me ha llamado la atención el hecho de que, en las pocas oportunidades que he tenido de salir de Costa Rica, casi siempre que me ha encontrado con una persona culta, me ha preguntado por el **Repertorio Americano**. Todos han hecho la interrogación con esa adhesión interesada con que solemos indagar por las cosas o las personas que estimamos.

Tiene el *Repertorio* un envidiable buen nombre a lo largo de nuestro continente; y en Europa quienes se interesan por las cosas de la cultura en el Nuevo Mundo tienen referencias amplias de esta publicación. Naturalmente, van a la par los nombres del maestro García Monge y de su periódico. Este es, a la vez, un mensaje de Costa Rica a los centros cultos de nuestro idioma. Va pregonando el nombre de nuestro país unido a un noble esfuerzo hacia la luz.

No se cuántos ejemplares del *Repertorio* son enviados al exterior ni cuántos los que circulan en el país. Pero tengo la impresión que en el país no tiene todos los suscriptores que debiera. Para los jóvenes, para los estudiantes, para los estudiosos, para los profesionales, para los políticos, para los amantes de la literatura y sobre todo para maestros y profesores siempre contienen sus páginas por lo menos una columna de gran importancia.

Solemos los costarricenses alabar y regocijarnos de las buenas cosas nacionales. A veces, sin embargo, dedicamos largas crónicas, páginas enteras, hartazgos de epítetos a hechos, obras y personas de valor relativo para la vida nacional y escaso para nuestra cultura. Hemos ido perdiendo el concepto cabal de las categorías y desfigurando la estimación de los valores reales. Las mismas palabras han perdido su exacto valor entre nos-

otros. Las hemos bastardeado en tal forma que no sabemos qué ha quedado para calificar, cuando se presenta, lo verdaderamente valioso, lo que singularmente destacado, para el arte puro, para la cultura y para el heroísmo. En casos corrientes o mediocres agotamos el calificativo hasta sus más altos grados, sin reservar nada para las altas dignidades de lo espiritual, para los hechos beneméritos del artista, del científico o del hombre de gobierno o de enseñanza. Al poner el lenguaje al servicio del comercio y de la propaganda los conceptos se han desgastado con el uso corriente y vulgar, al extremo de que las gentes ya dudan mucho del empleo de los superlativos cuando aplican a hombres, a máquinas, a obras de arte, a productos comerciales, a libros, a tantas cosas que utilizan la alabanza mentirosa como un medio de cotizarse en nuestros mercados. Posiblemente sea un mal de la época, en estos años de transición y en cierto modo de anar-

quía en que vive un mundo que, en la era de su más resplandeciente cultura, ha realizado dos matanzas fraticidas en las que ha corrido más sangre que en todas las guerras anteriores juntas.

Estas reflexiones vienen a propósito de la poca atención que solemos poner en los esfuerzos de nuestra cultura y de nuestros hombres cultos. Para estos últimos, allá después de muertos, y esto para los que tienen mayor suerte, hay un tardío y apenas perceptible reconocimiento.

El *Repertorio Americano*, un periódico al servicio de ideales de cultura y mensajero entre hombres de pensamiento americanos, una tribuna de discusión y examen de ideas, tiene un valor que apenas si reconocemos los costarricenses. Su prestigio, sin embargo, honra al país y contribuye a enaltecerlo en forma más perdurable y elevada que otras actividades que tienen mayor estridencia.

Joaquín Vargas Coto.

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

Profesor de Estado

Especialización en la enseñanza moderna del Álgebra, Geometría, Trigonometría, Álgebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez.

Teléfono 3963

De la vida en la costa

(Es un cuento agreste de María de Noguera)

(En Rep. Amer.)

(Dedico este cuento con devoción y cariño a la eminente educadora costarricense Doctora Emma Gamboa Alvarado.
María L. de Noguera.
Santa Cruz de Guanacaste, 15 de Agosto de 1954.

—No volveremos a vernos, Julián, — decía Chepita Espinosa a su novio Julián Rivas, en la entrevista bajo los aceitunos frente al mar. Y prosiguió: —Mi padre está enojadísimo por lo del Resguardo.

—“¿Qué tenemos que ver nosotros con el enojo de los viejos? Allá ellos que se arreglen como quieran. El tuyo está enojado por lo del resguardo, y el mío porque le dijeron que don Jacinto (padre de Chepita) tenía escondida la vaca alazana pintada y por eso pidió el registro de la finca de Uds. Vos sabés que han sido amigos, que se han hecho muchos servicios como buenos vecinos; por eso mismo mi padre se extrañó de la mala jugada y es la causa de su enojo y resentimiento. El no la creía pero hubo quien se lo asegurara y ahí está la cosa. Pero repito, eso no debe separarnos Chepita, ¿qué haré yo sin tí?

—Debes comprender Julián que mi deber es obedecer y sentir con mi padre el ultraje recibido. Yo te amo también, ya te lo he dicho, pero antes que tu amor está mi familia.

Ambos volvieron la mirada como por impulso eléctrico hacia el montículo inmediato porque habían oído en esa dirección precisamente, el triz-triz de una ramita seca al quebrarse. Su emoción fue de espanto al mirar ante ellos a don Jacinto, padre de Chepita, éste llevaba escopeta, cruceta al cinto y su manila de lazar.

—Ah...! sí...? con que este es tu escondedero, mala hija...! vociferó el viejo lleno de ira. Y dijo al muchacho: —Vete, antes que me haga desgraciado. —Quiso hablar el pobre Julián pero se le ahogaron las palabras ante el calibre de la escopeta de don Jacinto puesto en su pecho.

—Anda, vete, — repitió el viejo, la Chepa me dará las explicaciones. — En el acto tomó a la muchacha de un brazo y se internó con ella en la montaña. Poco rato después se oía el restallar del látigo que caía en las tiernas carnes de Chepita Espinosa, quien desnuda colgaba de una rama tocando el suelo apenas con la punta de los pies. El padre azotaba y rugía: sí, ya comprendo, vos fuiste la que le dijiste al compadre Antonio que yo maté la vaca. Vos fuiste, porque sólo vos sabías lo que yo había hecho. Sólo vos sabías donde enterramos el cuero y los cuernos. Vos le dijiste a ese cochino con quien te hallé...!

—No, padre, se lo juro por Dios que nada he dicho...! Esto se le entendía

apenas a la infeliz en voz de moribunda. Azotada con la mayor crueldad y cuando parecía exánime la desató el padre dejándola abandonada en el suelo medio cubierta con las ropas. Horas después empezó a moverse; la brisa del mar la había refrescado y poco a poco sus venas golpeadas dejaban paso suficiente a la circulación. Recobró el conocimiento, se acercó al mar. Lavó sus carnes lastimadas y hubo perfecta luz en su conciencia. Alentó la idea de escapar de las manos de su padre cruel e injusto. Tambaleante aún se fue caminando por la orilla del mar, estrecha cada vez más por estar en creciente pero ella conocía los atrochos y los vados de los esteros. Caminó y caminó, ya la noche, se venía encima. Llegó al primer atrocho; conoció el ruido que se dejaba escuchar, era el triturar de huesos que produce el tigre al devorar una víctima. Oyó el rugido repetidamente, lo que la obligó a correr para salir al clarete costero. El tigre la siguió, lo vió a la luz de la luna ya cuando ella llegaba a la boca del estero que encontró desbordado por la creciente del mar. Ante dos peligros eminentes escogió el de mayor posibilidad de salir con vida. Se lanzó al estero precisamente en el instante en que el tigre caía de un salto en el lugar donde estuvo parada. Nadó con éxito continuando luego su odisea por las arenas marinas. La luna alumbró en plenitud. Con grandes esperanzas veía alejarse el peligro que le ofrecía la ira injusta de su padre y meditando en ello la sorprendió el bramido de otro tigre que la seguía. Ella conocía esas voces de la selva, por lo que comprendió que ésta segunda fiera estaba hambrienta. Caminó entonces por el agua, de por sí la caricia de las olas le daba bienestar. El tigre, astuto, olfateando caminaba a la par, por lo seco. Un rato después, como por milagro apareció una tortuga de las grandes llamadas “báulas”, escarbando para su nidada. El tigre hambriento cayó sobre el inocente animal, mientras la muchacha que atisbaba con inteligencia, salió del agua y echó a correr.

Declinaba ya la esplendorosa luna cuando se oyó el ladrido de numerosos perros de una casa costera, mezclados de vez en cuando con el bramido del tigre que atrevido trataba de acercarse a la vivienda. Despertaron los moradores y salieron al patio dos muchachos con sus respectivas escopetas y, cuál no sería su asombro al encontrar en el suelo, junto al alero, el cuerpo exánime de una mujer.

—“¡Pero si es Chepita Espinoza!”, exclamaron las mujeres de la casa después

de llevarla a la cama y hacerle tratamientos caseros para reanimarla. Daba compasión su cuerpo contuso, sangrante, lleno de larvas de moscas.

El tigre, después de matar la tortuga y saciar el hambre siguió a la muchacha olfateando sus huellas, pero ella en un supremo esfuerzo pudo llegar junto a la casa y salvarse. Gracias a las manos caritativas de las mujeres y demás moradores de la vivienda, recobró pronto su estado normal y pudo compartir las dulces horas del hogar costero. Pero un día fue sorprendida por el Resguardo Fiscal, el fatal Resguardo, venían buscándola ya sin esperanzas porque creyeron que la había devorado el tigre.

—Debemos presentarla al Juez, le dijeron, Ud. no debe temer nada. Su padre está en la cárcel desde el día que la castigó, fué delatado por Julián Rivas.

Sin reaccionar sobre tales informe se despidió con lágrimas de gratitud, de la familia a quien le debía la vida y se fue con los guardas camino de la ciudad.

En la sala ante el Juez del Crimen fue interrogada:

—Su nombre?

—Josefa Espinosa.

—Edad?

—Diez y seis años.

—Es verdad que su padre la azotó desnuda y colgada de un árbol?

—Sí es cierto.

—Por qué la castigo,

—Porque me encontré conversando con mi novio Julián Rivas escondidos a la orilla del mar.

—Solamente por eso?

—Sí señor.

—Qué sabe Ud. de una vaca alazana pintada de don Antonio Rivas, vecino de Uds. que se perdió hace unos días?

—Absolutamente nada.

Y prosiguió el Juez: ahora pasará Ud. al consultorio del médico para que dicte sobre el castigo corporal que le dió su padre. de lo que diga el médico dependerá la sentencia judicial.

—¿Qué pide Ud. contra su padre?— A lo que respondió la muchacha: deseo se le dé libertad porque está enfermo.

—Eso no es posible, respondió el Juez. Por ley tiene que ser castigado aunque Ud. lo perdone.

—Entonces, señor Juez, deme licencia de permanecer en la cárcel al lado de mi padre, sea cual fuere el tiempo que señale la sentencia. Tengo que demostrarle a él que seré obediente olvidando para siempre el amor de Julián Rivas.

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

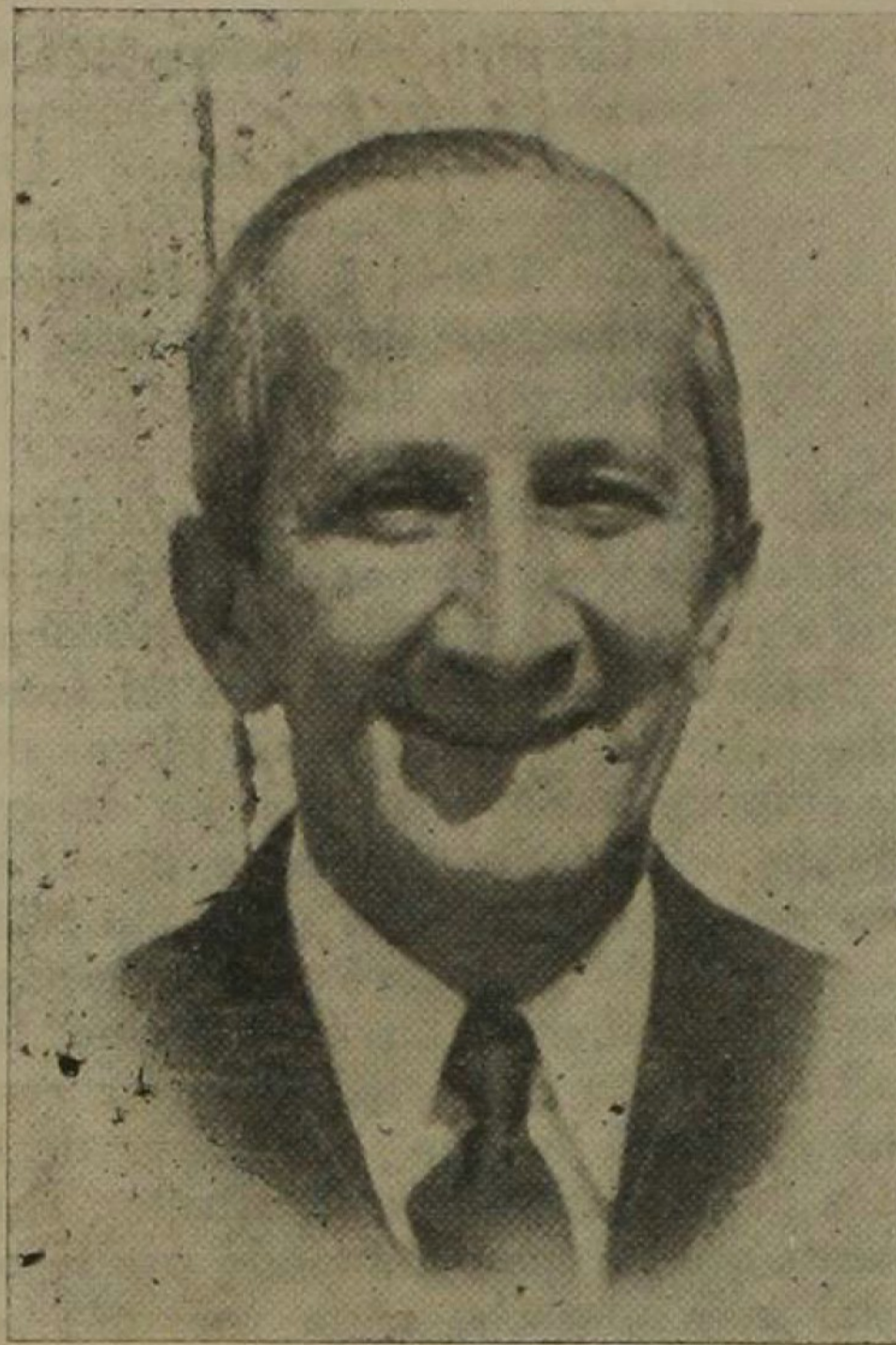
San José, Costa Rica
Apartado 2352

Mi despedida a ANDRES ELOY BLANCO

Colaboración de Diego Córdoba

Venimos a despedirte, Andrés, en la hora de tu patética vuelta a la patria, ahogándose la palabra en las angustias de un pedazo de tu pueblo, de nuestro pueblo venezolano, aquí presente en el último adiós con que también te despide México, el México de los trescientos varones de la libertad y la cultura, el que enamoraste con tu gracia de caballero completo del espíritu y tus excelencias de ciudadano de América, del que hiciste, como José Martí, tu dulce patria de préstamo. Han transcurrido ya más de seis años desde que saliste de la tuya a la pelea de la esperanza, limpio y garboso el corazón, en tu palabra de seda el fuerte lazo de unir pueblos y en la espada del poeta los caminos encendidos de sus sueños patrióticos. Ahora regresas a la tierra de nuestros desconsuelos, peor que Don Quijote en su aventura final: tu pequeño, fino y nervioso cuerpo un haz de huesos y de coágulos, crispados por la tragedia.

¡Qué precoz, larga e infortunada tu odisea de caballero de la esperanza! En nuestra Cumaná, la cuna del Gran Poeta de Ayacucho, porque la espada del Mariscal fué también espada de poesía, te asomabas, cuando niño, a la clara rendija de tu hidala casona de Santa Inés para mirar inquieto la vieja lucha sangrienta de nuestro pueblo por su libertad. En Caracas, de estudiante, entraste briosamente en los primeros combates del civismo y poeta soberano a los 20 años, ungido por la gloria de tu laureado "Canto a España", ya Doctor en Derecho y tribuno de la justicia, te metiste tan hondo en el pecho de la Venezuela buena, que ella misma te hizo su joven soldado, en el deber del ciudadano, en la probidad del hombre de letras, en el agobio por una patria gallarda. Desde entonces trazaste para siempre tu destino: sufrir, soñar, batallar y sufrir por tu pueblo, sin una sola aurora de asueto. Cuando no te maltrataban las lenguas de la incomprensión y el desdén, te herían los cardos del vituperio o te torturaban la ergástula y las cadenas, apretándose contra las hambres de tu alma y de tu cuerpo, pero aún así, entre los valerosos pugidos de tus quebrantos físicos, en la negra cerrazón de



Andrés Eloy Blanco
(1955)

muros que te oprimía, no descansabas. Cantabas. Los ditirambos de tus rebeldías, los ayes de tu angustia, el himno de tu fe en la patria, esencias de tu grandeza de poeta y de hombre, ceñido al pavés de la altísima responsabilidad del venezolano, saltaban de los días sombríos de la prisión a encender las noches en la conciencia de tu pueblo.

Cuando el dictador de los 27 años, sólo fue vencido por la muerte transfigurada en cortesana, tu voz se alzó en las plazas públicas, en la Universidad, en la prensa, reclamando libertad y justicia y resonó por toda Venezuela en tus metáforas de bronce y en tus anatemas contra el despotismo. Hubo un instante de democracia en nuestro país, un oasis de esperanza. Se iluminaron los caminos y se repartió el pan de la patria, sin que tú, el más empeñoso en el milagro, pidieras nada para ti: ni el puesto pingüe, ni la prebenda, ni la recompensa justa. Ni siquiera el derecho

a empujar la puerta de palacio. Por mandato del pueblo, un día se te vió de edil en la Comuna de Caracas defendiendo la autonomía del municipio, con la misma santa pasión democrática de nuestros antiguos patricios, y, más tarde, en la curul de la Cámara de Diputados, conduciendo ahí por el voto indiscutible, predicando decencia, concordia, cultura, pariendo leyes generosas y, como siempre, cantando; cantando, al triste són del cuatro bien templado de tus "Palabreos", las heridas de nuestro pueblo, el que se independizó para independizar pueblos, y al que tú, con humorismo conmovedor, protagonizaste en el Juan Bimba de tu drama de poeta de la política.

Llegó el día en que triunfó tu partido, del que fuiste corazón y escudo, ala de fuego en la tribuna y ala de luz en el consejo, nunca gavilán de la política, sino azorada paloma, porque tu calidad de hombre cabía en la que concibió el gran poeta francés "un punto que vuela con dos alas: el pensamiento y el amor". En tus ímpetus de idealista te remontaste a la galaxia de las más puras concepciones democráticas; te paseabas —ibas y venías— por los Andes y por los Popocatepiles de la fraternidad latinoamericana y desde el limpio espacio de tus aleteos anidabas en un mundo generoso, humano, nuestro, de todos, en que tu canto se desmayaba en amor del grande por la patria grande, se encendía en la llama de la libertad y se deshojaba en rosas de América.

Nunca te ensañaste. Andrés, contra el débil ni contra el ignorante, pero sí contra el pérfido, que eso no era saña sino sanción. Jamás chispa alguna de tu pluma hirió por la espalda, sino de frente, en el duelo formal de las ideas, hermoheado por tu galantería de cumanés a lo Sucre. Ni la calumnia, ni el odio, ni la venganza soplaron sus vientos de furia en tu noble corazón de combatiente. Ni negaste el mérito a tus enemigos. Fuiste siervo de la patria, de la cultura, de la tolerancia y, por sobre todo, de la bondad, la única, la excelsa virtud del hombre que no se extingue en los recuerdos, la que supera a las más grandes glorias del sabio, del artista, del guerrero, de los libertadores de pueblos, de los gobernantes, y se purifica en la belleza del apostolado. Pasaste por las tormentas de nuestra política y por entre los incendios de la demagogia, como un profeta de verdades creadoras de bien, como un sabio pastor de la justicia, como un ángel de la patria, hablador de donosuras. Así fuiste desde la Presidencia de la Asamblea Constituyente del 46. Así fuiste en los tempestuosos mitines electorales de tu partido y en tus claros mensajes de político. Así en la solemne Cancillería de nuestro país, en la que brillaste como titular señero, y así también desde el sitial de las Naciones Unidas, en tu carácter de jefe de la delegación de Venezuela en 1948. Yo estaba en París por

"Le envió, don Joaquín, las palabras adoloridas con que despedí a mi mejor amigo, al poeta de mi corazón, el político insubstituible en el amor del pueblo venezolano y por quien yo, sin ser político dejé la carrera diplomática en 1948, para ponerme al lado de él, cuando Gallegos fue desposeído del mando legítimo y Andrés dejó la Cancillería de la República. Esas palabras las pronuncié en el Panteón Español, el día 16 de junio. Iba ese día a trasladarse el cadáver a Caracas y no se pudo porque de pronto llegó contraorden y el triste acontecimiento se aplazó hasta anoche, noche de duelo y angustia para tantos venezolanos que aquí vivimos y no pocos mexicanos y hombres libres de otros pueblos que admiraban y querían a Andrés".

(Fragmento de una carta de don Diego Córdoba, México, D. F., 20 de junio de 1955).

(Concluye en la pág. 58)

Felipe Arias Larreta

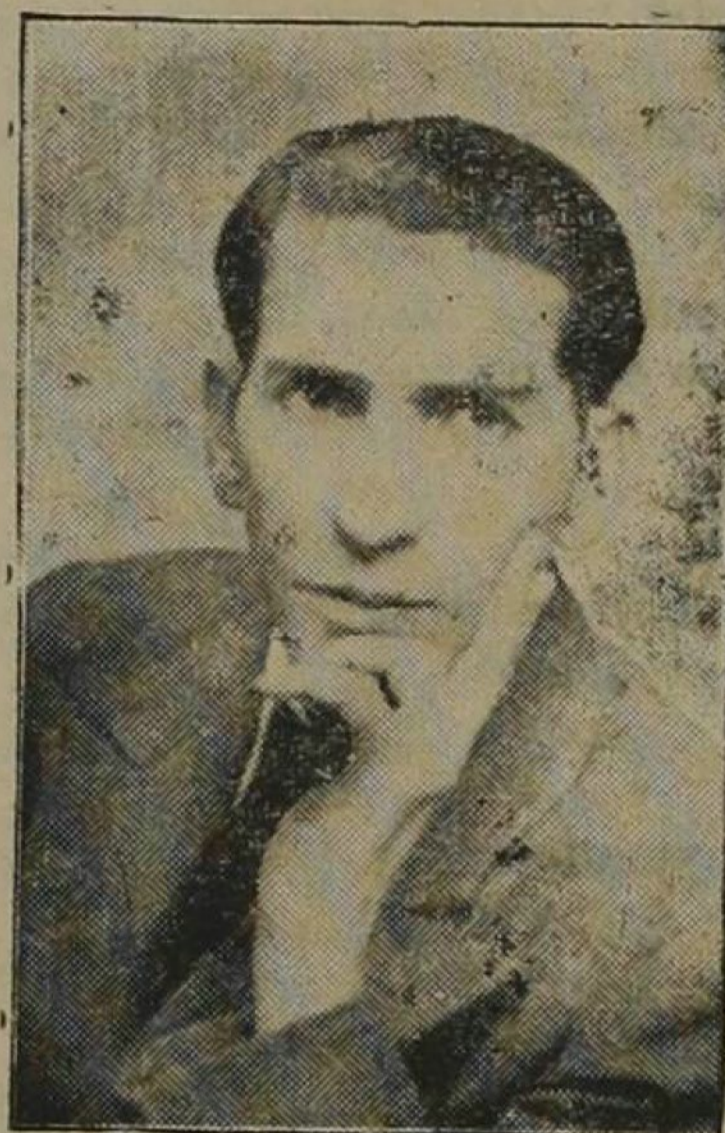
Envío de Abraham Arias-Larreta

(En Rep. Amer.)

Hace seis meses murió Felipe Arias-Larreta en Lima, Perú, y con él se fué "la voz más lírica de la poesía peruana de los últimos tiempos", según la certera expresión del gran escritor Clodoaldo Alberto Espinoza Bravo. El juicio de otros escritores peruanos — Suárez Miraval, Alfredo Hernández Urbina, Loayza Lagos, entre otros—han definido en sus justas proporciones la personalidad humana y poética de este insigne santiaguino, paisano de César Abraham Vallejo, paisano y hermano de Abraham Arias-Larreta, residente en Estados Unidos de Norte América.

Al mencionar esos tres nombres vale la pena recordar que fue don Abraham Arias Pelaez quien estimuló los primeros pasos poéticos de César Abraham Vallejo, en Santiago de Chuco, y quien le puso en contacto con los "poetas malditos" Verlaine y Baudelaire. Don Abraham y Víctor Alejandro Hernández iniciaron a Abraham Arias-Larreta en la literatura y éste, a su vez, inició y estimuló a su hermano Felipe en la poesía y la música, en unión de la madre de ambos, doña Elena Larreta Garaycochea, nieta del poeta y matemático arequipeño Miguel Wenceslao Garaycochea.

Que Felipe Arias-Larreta creó un mensaje poético propio, está fuera de duda; falsa es, entonces, la apresurada afirmación de los que motejan su poesía de "vallejiana". Vallejo no tiene ni necesita continuadores. Cada cual en su órbita, su dimensión, su grandeza, uno y otro



Felipe Arias-Larreta
(1954)

*

dijeron con sinceridad y hondura la atormentada palabra de los que nacen poetas, y saben serlo en la vida y en la muerte.

Obras representativas de Felipe Arias Larreta son: "Antara", ediciones Sayari 1948; "Espigas de Silencio", ediciones Trilce, 1949; "El Surco Iluminado", ediciones Trilce, 1950; "Derrotero de la Ausencia", colección Sayari, 1953. Dejó inédito "Corazón Labrantío".

Muestras de la Antología que saldrá a luz próximamente son estos versos de Felipe Arias-Larreta:

Serranitas - VI

Estas noches de Santiago
tienen rebozo de felpa,
que de tan negro y usado
se ha hecho criba de luz.

Violines y concertinas
vuelven, recién, de mi pecho
donde fueron a buscar
el haz de tonos menores.

En el rincón más oscuro
ne aislan penas futuras,
la premiosa despedida
extiende brazos de nieve.

La ausencia, desde sus lejos
empieza a desdibujarme;
como si yo no estuviera
me reemplazan con mis versos.

Por los caminos de ayer
llega todo lo querido;
por los caminos que pronto
va a clausurar el adiós.

Alguien canta a media voz
un "triste" de madrugada,
Luego alguien pide que baile
el que va a partir mañana.

Yo escalo mi muda angustia
de brazo del aguardiente.
Y brindo por mi tristeza,
y los demás, por mi sueño.

(Inédito, de "Corazón Labrantío")

Poema Quinto

Es Enero que llega
con el rumor fragante de la gleba,
con el musgo fino en las junturas
de la estrella y del agua;
por eso esa alegría menuda en las majadas
y ese don de cristal y esperanza del aire.

Es Enero que ha vuelto de no se sabe donde
igual que un ser querido,
con guitarras y flautas vaciadas en el ritmo
plural del aguacero,
y un sabor de trigo precoz en la memoria;
por eso iris y trino van quebrando el letargo
de oro del rastrojo
y tejiendo en las quiebras telarañas de plata.

Es Enero que llega entre risueño y triste
como una Serranita,
y le dicen la quena, la sombra, la nostalgia:
todavía nos hallas caminando de pecho
con la verde agonía.

Madre ha sentido ahora, más que nunca, el apuro
yacente de sus pasos.
y ha prendido ambas manos en un rezo inolvidado.
También llega de lejos,
como un remoto Enero de transcurso entrañable,
mientras retumban cielos y atajos movedizos.

(De "Antara" — 1948)

Variaciones matinales - I

Alegría, ternera, paz nativa,
hoy estarán cantando al otro extremo
violeta de la ausencia, hoy que temo
desandar esta pena cuesta arriba.

Pasarán, hacendosas, las auroras
con la música de sus lentos plumeros,
entre moho de noche y entre aleros
hacia la ropa limpia de las horas.

La hipóbole del gallo estará en lo alto
del diapason de alertas de cobalto
para caer en bíblicos mirajes.

Y lavarán los ríos aledaños
su temprana dulzura de paisajes
para que se la beban los rebaños.

(De "Derrotero de la Ausencia" — 1953).

Siempre viva

Yo empuño la manquera y busco el grano,
le llamo hermano al gallo y subo a lo alto
de su canto a bajar constelaciones,
y a la yunta le ruego que celebremos juntos
el santo sacrificio de la siembra.
La brisa me circunda sosteniendo
con valladar de quena y concertina,
los bosques de eucaliptus.

Yo contrito me curvo y al compás
solemne de los bueyes pongo el alma.
Tomo el sol en la punta del arado
y lo hundo en la tierra estremecida.

Entre húmedos crujidos voy y vengo
de uno a otro horizonte cavilando
en el verde milagro de la gleba.
Escucho la faena de mi río
—enjuapador de canto, luz, aroma—
y, palpitando dentro del follaje,
la presencia tenaz del leñador.
Delante: gama azul de las montañas.
Detrás: rumor de plumas en los surcos.

Paso las manos sobre el azadón
y palpo la premura de la tarde.
Me embriagan los efluvios del barbecho
que en los flancos del día he modelado.

Una paisana canta serranitas
de diciembre y de limo. Los ganados
ramonean bejucos de retorno
y apagan la rosa de los vientos
colgándole una esquila en cada pétalo.

Sobre mi frente enjugo la estrella de la tarde,
acaricio al aura estremecida
en las crines del potro,
y siento madrugar desvelo arriba
el claro itinerario de la savia.

Ya los cerros mayores despabilan
negro sueño de luna entre las nubes.
Por las rutas de una voz labriega
retrocedo más lejos de la biblia:
percibo la palabra del venado
el dialecto vegetal del hombre
el bárbaro coloquio de la piedra.

(De "El Surco Alucinado" — 1950)

Mi despedida a...

(Viene de la pág. 56)

aquellos días, viéndote, escuchándote.
¡Qué fino, qué bello, qué encendido me
pareciste, trepado como un rayo de sol
venezolano en la tribuna oficial del uni-
verso! Hasta te parecías un poco a Bolí-
var. Bien recuerdo tu hermoso, tu histó-
rico discurso. Hubo espctación en el pú-
blico cuando te miró tan chaparrito, tan
delgadito, tan magro... Empezaste a ha-
blar con palabra humilde, calma, como
tibio arrullo de paloma cumanesa, pero,
poco a poco, tu voz fué encendiéndose,
coloreándose en la pasión, en tu honda
pasión humana, hiriéndose con el vasto
dolor del mundo, dèstrozado por la gue-
rra, las fronteras, los prejuicios, los ne-
gocios, la ignorancia, el egoísmo, y de
pronto se rompió. Se rompió y fundió en
metal de Cristo. Desde la altura de tu
pensamiento de americano, antena y can-
dil de las miserias y angustias del hom-
bre, tu voz ya no fué canto sino treno.
Treno desgarrador que rebotó los secos
y estrechos recintos de la palabra pro-
trocolar, que se convirtió en parábola de
justicia, de paz, de libertad, y la parábola
en bandera de amor, para arropar a to-
das las razas, a todas las creencias, a to-
dos los pueblos. Recuerdo también cómo
el ilustre Presidente de la magna asam-
blea mundial, sorprendido y conturbado,
se levantó de su asiento con su aplauso,
para proclamarte el poeta de la cultura

y de los más nobles sentimientos huma-
nos. Te pareciste entonces un poco a
nuestro Francisco de Miranda.

Después advino el infortunio, la caída
de don Rómulo Gallegos de su sitio de
dignísimo Presidente de Venezuela, y
con su caída la tuya, el destierro, la po-
breza sonriente, cincelada en el mármol
de tu decoro, los solares meses de Cuba
y tu grata residencia en México. Ya tu
nombre era sagrado —y será eterno—
en estas hermosas tierras de Cuauhtémoc,
de Emiliano Zapata y de Lázaro Cárde-
nas. Los mexicanos, en aquél, tu magní-
fico discurso de 1946, ante Bolívar de-
velado y desvelado en su estatua de Cha-
pultepec, habían oído de tus labios estas
palabras, más elocuentes que las piedras
milenarias de Teotihuacán, Mitla o del
Tahuantinsuyo: "América no caminará
en tanto no se ponga en las manos del
indio un pan del tamaño de su hambre".

En este México, que tanto te compla-
cía, recibiste un golpe mortal: la partida
para siempre de la madre valiente, amo-
rosísima y lejana —Cornelia de nuestra
dulce Cumaná—, la que, como nos con-
taste en tu poema admirable, al embe-
berse en tus primeros versos, "trémula y
coqueta", yendo y viniendo de la risa al
lloro, te alzó en los brazos y comenzó a
gritar: "Tengo un poeta"... Después
llegaron tus días y tus noches de triun-

fos: los sonados recitales, uno, deslum-
brante, en el Palacio de las Bellas Artes;
tus discursos, aquél, magnificente, en la
Universidad de San Nicolás de Hidalgo,
en el bicentenario del natalicio del Pa-
dre de la Patria Mexicana, allá en la amo-
rosa Morelia; el embeleso de tus charlas,
tus ironías sin bilis en las tertulias del fes-
tín, en las reuniones entre intelectuales,
donde quiera que estuvieses tú; y, por
fin, la consagración del orador insigne y
el gran poeta de América por la voz al-
ta de México. ¡Cómo nos atabas, Andrés,
a tu carro de relámpagos, a los caudales
infinitos de tu memoria, a los hilos de tu
cultura universal, a los duendes de tus
versos, al encanto de tu palabra, a la
suavidad de tus movimientos, y cómo nos
enternecías con tu amor puro a la justi-
cia, la belleza, la patria, la amistad!

Habías dado a América un tesoro de
amor y de pensamiento. "Poda", el poe-
mario de tu juventud, cofre de piedras
preciosas; tus romances, collares de per-
las originalísimos; "Vargas", nuestro gran
magistrado civil, albacea de las angus-
tias del pueblo venezolano; tu canción
misericordiosa a "Los Angelitos Negros",
que ahora se estarán paseando contigo
"por las barriadas del cielo", tanta bella
otra, y no ha mucho, sin saberlo, te des-
pedías de la tierra en "Giraluna", el li-
bro de tus verdaderos amores, tu patéti-
co testamento a todas las patrias y a los
hijos de todas las patrias, en que regas-
te de ternura las raíces de todo lo que
había crecido en tí.

La soledad te dolía, Andrés. La soledad
de tus cuatro almas en un solo ser:
la esposa, buena y adorable, tú y los dos
niños de tu corazón herido, trinchera de
amor frente a la muerte amenazante. La
soledad impuesta, no por tu pobre rei-
nado de poeta, ni por tus mansedumbres
de filósofo, la soledad por los impactos
de la política y por las precipitaciones y
el egoísmo de este mundo actual, que nos
atropella, nos disgrega y nos esconde,
tan adverso el canto ya quebrado de los
ruiseñores.

Por último, vino la muerte, no de tu
viejo mal del corazón, ya curado por la
ciencia mexicana, por tu profundo, an-
gustioso amor a la vida y por el miedo
de irte dejando solo el torreón de tus
cariños. La muerte en la pávida madu-
gada del 21 de mayo. La poderosa ene-
miga, absurda y cobarde como nunca.
Lanzarse así, con todas sus fuerzas, con-
tra tu cuerpecillo de fino David de nues-
tro pueblo, cuando bien hubieras podido
cerrar los ojos, sentado en la silla de se-
da de tus versos o, ya anciano conver-
sador, enseñando a los niños de Venezue-
la el silabario de tu patriotismo.

Te has ido, Andrés, pero estás. No es
cierto que te haya cobrado la muerte. Tú
la vence. Ese es tu embrujo, tu hechice-
ría de poeta. Tienes en cada ser que te
conoció, que te conoce, que aún te
escucha, un pedazo de tí mismo: una son-
risa, una mirada, un gesto, un decir, un
¡ay!, un camino que nunca podrá cerrar
la muerte, vivo entre nosotros, a pesar
de que tu tierra de Venezuela y tus tier-
ras de América, desde el mito de tu Gol-
fo de Paria hasta la interminable Pata-
gonia, te están llorando.

Te están llorando con lágrimas que no

se secan en las ojeras, sino que penetran y limpian las entrañas del pueblo que tú soñaste, tan limpio como tu espíritu.

Dentro de poco, embalsamado, rígido, ya sin aquellos ojos que se ahondaban en el dolor del mundo, ya sin aquella lengua que lamía los huesos de nuestro pueblo, llegarás a la patria, y de las miserias de la carne se levantará tu voz de poeta para decir a todos los hijos de nuestra conmovida Venezuela, lo que dijiste a los hijos de tu propia sangre, que la patria se da

... Sin dolor de palabra,
como se dan las patrias, sin mojar las ojeras,
como se da la noche, sin cortarle la estrella,

como se da la tierra, sin cortarle los árboles,
como se dan los árboles, sin cortarles la tierra.

Te escucharán tu pueblo y todos los pueblos, porque tu palabra, Andrés Eloy Blanco, penetra más allá de la palabra. Y porque naciste "en la pura tierra de Venezuela", amando "a Bolívar como a la vida misma y al pueblo de Bolívar como a la vida entera y a Venezuela, inalcanzable y pura", no serás tú quien le diga a la patria, sino la patria la que te diga a tí: "Bendito seas".

México, D. F.
Jueves 16 de Junio de 1955.

Andrés Eloy Blanco

Por L. E. Nieto Caballero

(En *El Tiempo*. Bogotá. 27 Mayo, 1955)

Irás a dormir al fin en su tierra venezolana, la tierra que tanto amó, como acaba de decir en México la que fue su compañera admirable, la madre de aquellos dos hijos a quienes había dedicado hace pocos meses uno de los poemas más hermosos, más enternecedores, más hondos, más entrañablemente líricos, que se hayan escrito en lengua castellana.

Recuerdo la frase de Napoleón, que aprenden de memoria cuantos visitan su tumba, donde en letras de oro está grabada: "Quiero que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto he amado". Eso decía el nacido en Córcega. Qué no hubiera dicho el nacido en Venezuela de su Venezuela, tan ardorosamente patriota y tan poeta!

Se piensa en el horror de los destierros, en esa pena máxima de obligar a abandonar la patria, que no debería existir en ninguna legislación del mundo. ¿Cómo es posible que alguien nos expulse de nuestra propia casa y nos obligue a ir a buscar un pan difícil en una tierra que, por noble y hospitalaria que sea, como México es, no es la nuestra?

Andrés Eloy Blanco regresa a Venezuela. Pero regresa con los ojos cerrados, inmóvil el corazón, apagada la inspiración, cegada la inteligencia. No importa, sin embargo! Sus huesos se estremecerán cuando el sol caiga sobre el ataúd después de haber puesto sus pinceles en el Ávila y su espíritu vendrá para asistir al desfile cuando, envuelto en la bandera, pase por las calles que un día recorriera triunfalmente, aclamado por las multitudes que sabían de sus cantos y por los hombres libres que supieron de sus hazañas democráticas.

La conmoción que sentí con la noticia de su muerte trágica, me hizo evocar tres momentos. El primero fue cuando nació nuestra amistad, con la de Pedro Sotillo, Tito Salas, Uslar Pietri, compañeros del presidente general Medina Angarita, en la inolvidable visita que le hizo a Colombia cuando la gobernaba el doctor Alfonso López. El segundo fue en Lima.

Andábamos juntos, en todas las fiestas

y celebraciones, venezolanos y colombianos. Un día en que Uslar Pietri habló maravillosamente ante el sepulcro de don Simón Rodríguez, maestro del Libertador, cuyos restos fueron trasladados algún tiempo después a Caracas, fuimos llevados ante un monumento, que en este momento no puedo precisar cuál era, donde leyó un magnífico discurso Gonzalo Restrepo, embajador de Colombia.

El general Medina Angarita le hizo una señal a Andrés Eloy Blanco para que hablara en seguida. Sorprendida por el auditorio, se oyó una aclamación, y el

Al poeta de Giraluna

(En *Rep. Amer.*)

Gloria de Andrés Eloy Blanco
—un Bolívar de perfil—,
que ayuda a pasar las Mil
Noches y una Noche en blanco.
El verso salta el barranco
de una aurora en otra aurora,
y al amanecer ya es hora
de oír de nuevo el profundo
himno con que ofrece al mundo
su promesa bienhechora.

Pues qué promete el poeta?
Nos dice el amor y el mar,
la tierra y el cielo al par,
la esposa, la prole inquieta,
la madre inmóvil. Secretamente nos dice al oído que no hay empeño perdido en el empeño del bien y el triunfo será de quien convierta en canto el gemido.

Lejos del suelo natal,
toda la familia humana
es suya, porque la hermana
en una nobleza igual:
leño que huye el temporal
arrimándose al convoy.
Y yo a confesarle voy
que envidio hasta sus dolores,
porque los vuelca en fulgores
la gloria de Andrés Eloy.

Alfonso Reyes.

México, Navidad de 1954.

poeta subió a la tribuna. Hizo una improvisación de catarata, iridescente y sonora, una evocación fastuosa del Libertador y un elogio de su pueblo en los días de la independencia, cuando, según su decir, en cada esquina iba apareciendo un Bolívar chiquito que se dirigía a la plaza, que una vez colmada por todos ellos fue la llamarada que iluminó, después de determinarla el genio, la libertad de las que llegaron a ser cinco repúblicas.

La elocuencia de Andrés Eloy Blanco pasó todos los límites. Todos, al contemplar ese desfile de imágenes y al escuchar esas sentencias que ardían ante la libertad como antorchas, nos sentíamos electrizados. De los veinte o treinta discursos que en el curso de una semana oímos, fue incomparablemente el mejor. Los amigos no pudimos expresar nuestra emoción sino con un abrazo como de serpiente.

El tercer momento, nueve años después, fue en México. Yo había sido invitado al Congreso de Académicos y me hallaba en el Hotel del Prado. Al entrar un domingo con algunos amigos al Bar, ví que detrás de una mesa se levantaba un caballero que con efusión decía mi nombre. Casi no lo reconocí. Pero en el mismo instante uno de mis compañeros lo saludó nombrándolo y entonces nos estrechamos en un abrazo íntimo.

Sentados en torno de una mesa, mientras servían los cocktails, después de cien preguntas le dije si no había reconstruido el discurso de Lima, cuyo recuerdo me acompañaba como algo de lo más extraordinario que había escuchado en todas mis peregrinaciones. "Me ha sido imposible, contestó. Hasta me había hecho la ilusión, tan pronto como lo ví a usted, de que me lo recordara. Fue una cosa rara, algo como no me había ocurrido antes ni me ha vuelto a ocurrir después. Realmente fue un momento de magia. No sé de dónde me vino la inspiración, pero sin jactancia alguna reconozco que estuve verdaderamente inspirado".

Esas bellezas orales se perdieron. Apenas le mencioné a los Bolívares chiquitos, como si un espejo se hubiera roto en mil pedazos, en cada uno de los cuales apareciera la figura del héroe. Era tan gran poeta, era tan gran patriota, y era tan gran devoto del Libertador, ese hombre pequeño y afable que había hecho del nombre de Andrés Eloy Blanco un pasaporte de la inteligencia en el mundo americano, que no era para sorprender el que poderes absconditos se valieran de él para decir desde la eternidad las palabras fastuosas que escuchamos en Lima.

Ahora estaba en México soñando con su patria, recordando las horas augurales en que un gran triunfo político, alcanzado en las primeras elecciones dignas del nombre que se había celebrado en su patria, lo habían llevado a la dirección de las Relaciones Internacionales. Era presidente de la república Rómulo Gallegos, el primer novelista de Venezuela en toda su historia y un hombre puro y republicano. Andrés Eloy Blanco soñaba con la redención y veía a la tierra del Libertador a la cabeza de la democracia en América.

Un viento huracanado que sopló, lo sacó de su puesto y de su sueño. Con Gallegos fue a México, no a conspirar sino a soñar y a regalar a su patria y al continente con los productos de su inspiración. Era un triunfador desde cuando, en plena juventud, cantó a España. Y tenía poemas de grande aliento y poemas de tono menor de entrañable dulzura, que valían por las imágenes, por la rima y por los sentimientos.

Tenga para mí que en el último, uno de los más extensos de toda su admirable producción, consagrado a decir el misterio, la gloria, la satisfacción infinita de los hijos, quedó él resumido, retratado,

quintaesenciado, porque está todo lo que hay de ternura en un padre, de meditación en un filósofo, de bondad en un hombre. En ese su testamento lírico nos dejó a todos los tesoros de Aladino. Y el recuerdo de una genialidad y de una amistad que nos enriquece y nos conmueve. Llegue Andrés Eloy Blanco muerto a su tierra del alma, pero para resucitar en ella y para constituirse en un geniecillo inspirador, que a diario les diga a sus compatriotas lo que debe ser en los dignos el culto a la libertad y el amor a Venezuela.

Bogotá, Mayo de 1955.

Andrés Eloy Blanco

Por Vicente Sáenz

(En 'Excelsior' México, D. F. Mayo 25 de 1955)

Cumaná, bella, legendaria y heroica ciudad venezolana, tiene un sitio destacado en la Historia de América. Allí nació a la vida y se forjó para la inmortalidad el más puro, el más leal y caballeroso soldado de Bolívar, uno de los más jóvenes y el más apuesto de sus generales, don Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho.

Lo traigo a la memoria del lector en estas líneas, porque era Sucre figura predilecta de Andrés Eloy Blanco, el poeta sin mácula —como el gran mariscal— que acaba de morir trágicamente en la ciudad de México. Y porque también fue Cumaná su rincón nativo, siempre dulce y bien amado, en donde pasó sus primeros años, respiró las brisas refrescantes del mar de las Antillas, escribió sus primeros versos y empezó a comprender que sin respeto a la persona humana, sin libertad en su mejor sentido, se marchita la patria y se agosta la cultura.

Nacido en 1896, lo trasladan sus padres a Caracas para que allí continúe sus estudios en la Universidad Central, hasta graduarse de abogado. Obtiene el título, y con brillantes calificaciones. Pero más que los códigos, más que una profesión inútil bajo el despotismo, más que los tribunales sometidos a la dictadura, lo atrae el embrujo de la poesía. Escribe, entonces, sin descanso. Recita maravillosamente. Se publican sus poemas. Se reproducen y comentan en periódicos de nuestro idioma. En Madrid le premian su "Canto a España", y atraviesa el Atlántico para recibir el galardón y radicarse, un tiempo, en la península.

A su regreso se detiene en Cuba, la siempre cordial y acogedora isla mayor de nuestro Mar Caribe, de magia irresistible para los hispanoamericanos. Andrés Eloy Blanco será huésped de La Habana, huésped de Santiago, huésped del país entero que lo aclama y quiere retenerlo. Pero su deber está en Venezuela. Y hacia la patria va el poeta, con ánimo de lucha en la conciencia y con la imagen de Martí en el corazón.

Ya lo tenemos de nuevo en Cumaná, o en Caracas, o en Maracaibo, o en Ciudad Bolívar, a orillas del Orinoco. Da re-

citales que conmueven al auditorio. Forma tertulias en las que prevalece el magnetismo de su palabra. Es el cantor del pueblo y el intérprete de lo que sufren y anhelan los venezolanos. ¡Mas he aquí que la palabra del poeta es peligrosa para el régimen y sus secuaces!

Se recuerdan sus discursos de estudiante. Se denuncian las conspiraciones en que tomó parte. ¡Y esos versos en que se habla del pobre, del humilde, de una sirena indígena y de La Loca Luz Caraballo! A Juan Vicente Gómez, decididamente, no lo convencen los poetas ni la poesía. ¡Hasta que cae Andrés Eloy Blanco en las ergástulas de la dictadura, durante cinco años en que los grillos y las esposas le hieren la carne, en que los verdugos le torturan el cuerpo, pero no pueden quebrantar su espíritu!

Después, porque el cadáver del poeta sería —y puede serlo ahora— más peligroso que el poeta vivo, casi moribundo resuelve confinarlo el dictador en el pueblo de Timotes, en las alturas nevadas de los Andes.

○ ○ ○

¡Tiempos mejores! El 17 de diciembre de 1935 —por rara coincidencia, centésimo quinto aniversario de la muerte de Bolívar— se le escapa el alma de la materia al bárbaro de Gómez, quien desde lo más alto del poder cae en lo más hondo de una tumba.

Sepultado el muerto, se oxigena el aire en la tierra de Bolívar. Los grillos se han echado al mar, en imponente manifestación presidida por los más altos valores de la ciudadanía venezolana, en febrero de 1936. El simbolismo de aquel acto, la voz admonitoria de Andrés Eloy Blanco, sacuden de emoción al pueblo.

Administraciones de López Contreras y de Medina Angarita. Pasos adelante hacia la democracia. Pasos adelante hacia la libertad. Pero los hijos y los nietos de la brillante generación de 1810, de aquellas hombres extraordinarios que dieron su sangre por la independencia y por la liberación del ser humano, en la mitad de América, no están conformes con lo que se ha logrado. ¡No están conformes, cuan-

REVISTA IBEROAMERICANA

Directores:

Julio Jiménez Rueda
Francisco Monterde
Fernando Alegría

Secretaría:

Box 60, Univ. of New Mexico
U. S. A.

Agencia del
"REPERTORIO AMERICANO"
en Londres:

B. F. Stevens & Brown, Ltd.
28-30 Little Rusell Street, W. C. 1
New Ruskin House,
London, England.

do se está librando y ganando la Segunda Guerra Mundial, en nombre de esos mismos principios, con la Carta del Atlántico como bandera!

Ha cobrado fuerza, entretanto, Acción Democrática Venezolana, en la que Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Andrés Eloy Blanco, ocupan sitios dirigentes de primera fila. Y detrás de ellos la multitud, hasta que este partido profundamente americano, el partido de las grandes mayorías toma el poder en octubre de 1945.

Y ahora nos encontramos al poeta de la ley; al poeta legislador; al poeta que defiende los derechos humanos sin discriminación racial; al poeta criollo de "angelitos negros", Andrés Eloy Blanco, presidiendo la Asamblea Constituyente que ofrece al pueblo de Venezuela el sufragio universal, el voto femenino, garantías sociales, una serie de conquistas modernas que se recogen en la Constitución hoy abolida de 1947, tan avanzada como las más progresistas de América y de Europa.

Un año antes ha venido a México con el Presidente Betancourt y otros funcionarios de la Junta de Gobierno. Se inaugura el monumento a Bolívar en esta altiplanicie del Anáhuac, el 24 de julio de 1946, natalicio del prócer. Y bajo la sombra augusta del Libertador escuchamos conmovidos, la cálida palabra del poeta.

"Bajar a nuestros héroes de sus monumentos. Darles su sitio, como a seres vivos, en la evolución y en el progreso de cada pueblo hispanoamericano. Sentirlos cerca de nosotros y de nuestros hijos, en la intimidad del hogar, en nuestra propia conciencia". Esta es la síntesis de un pasaje inolvidable, entre tantos otros, de aquel discurso sin igual de Andrés Eloy Blanco.

Estaré con él de nuevo en febrero y marzo de 1948, durante la toma de po-

sesión de Rómulo Gallegos, quien lo nombra canciller de la República. Ese mismo año se agiganta su figura en París, como jefe de la delegación de Venezuela ante las Naciones Unidas. ¡Y allí lo sorprende el golpe de cuartel del 24 de noviembre, que rompe los sueños del poeta y del patriota, a los ocho meses de haberse instaurado en Caracas el régimen constitucional!

¿Después? El exilio en Cuba. Su residencia en México. Su voz orientadora en homenajes y reuniones. Su recital bolivariano en Bellas Artes, que levanta al público de sus asientos en ovación constante. Su bellissimo discurso en la Universidad benemérita de San Nicolás de Hidalgo, en el bicentenario del natalicio del Padre de la Independencia. Su exquisita calidad humana. Su finura espiritual. Y siempre, por sobre todas las cosas, la mano en la mano con su amistad entrañable.

¿Más adelante? Su mal del corazón, por la altura de México y la lejanía de la patria. Su retiro a Cuernavaca. Su carta en la despedida de "Humanismo" al maestro y escritor cubano Raúl Roa, que termina con un abrazo y recomienda: "Ni poca ternura ni grande apretura porque hay que dudar". ¡Hay que durar! Y veinticuatro horas después, en la madrugada del 2 de mayo de 1955, caía tendido el poeta atropellado por un lujoso "Cadillac" cumpliéndose así lo que había escrito en "Giraluna", al hablar de Venezuela:

... que el hijo vil se le eterniza adentro,
y el hijo grande se le muere fuera.

o o o

Hice mención de "Giraluna", el último libro del poeta, recientemente publicado. Anota en el prólogo, casi como un presentimiento, Rómulo Gallegos: "Lejos de su patria, fatigado de suspiros de esperanza insatisfecha el noble corazón, es muy natural que en su "Canto a los Hijos", al poeta se le hayan deslizado versos que parecen despedida y testamento; pero si el transitorio vivir, temprano o tarde concluirá para él, por ley ineludible, cierto es también que la obra poética de Andrés Eloy Blanco le tiene asegurada la inmortalidad del nombre y la perennidad del acontecimiento humano".

Y esta estrofa que hace de él, con palabras de Gallegos, "un hombre bien construido por dentro, serena la claridad interior":

Por mí ni un odio, hijos míos,
ni un solo rencor por mí.
No derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruín.
Y no olvidar que las hijas
del que me hiciera sufrir,
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.

CONFERENCIA LATINOAMERICANA POR LAS LIBERTADES

Santiago de Chile - 26 al 29 de Junio de 1955

(CONVOCATORIA)

El deseo de ser libres, el amor a la justicia y la aspiración a la confraternidad de los pueblos, se han convertido en nuestra América en un delito y a los que luchan por estos elevados principios, se les arroja a las cárceles o a los campos de concentración, en donde sus palabras de protesta no tengan eco.

Las gloriosas tradiciones que heredamos de las luchas de nuestra independencia política y de la gestación de nuestras repúblicas —que honran la historia de nuestros pueblos— son mancilladas por regímenes despóticos que hacen escarnio de las libertades más esenciales, implantan leyes liberticidas y discriminatorias, difunden ideologías contrarias a los principios de convivencia humana, y someten a los ciudadanos a la arbitrariedad, a la violencia y aun al tormento. Nuestros hermanos de Argentina, Perú, Colombia, Venezuela y muchos otros países de América, son testigos presentes y actuantes de estas afirmaciones.

Las naciones de América Latina, que surgieron al impulso de los más nobles ideales de libertad y democracia, son atropelladas por la opresión extranjera, amparada por la traición interna. Guatemala es un grito de alerta para nuestros pueblos.

Pero los violadores de las libertades, no han logrado arrastrarnos al envilecimiento ni doblegarnos a la masedumbre. Ya se está encendiendo en todos los ámbitos de nuestra tierra, la llama sagrada que alienta a la defensa de la dignidad de nuestras patrias y al combate contra la opresión y la intolerancia.

Pueden diferenciarnos divergencias políticas, religiosas, filosóficas o sociales, pero por encima de todo ello, se está forjando la unidad de todos los hombres y mujeres de nuestros países de América Central y Sur, que animados del mismo espíritu de culto sagrado por la libertad, crearán esa valla moral inexpugnable contra las tiranías y las dictaduras.

Pesa, pues, sobre nosotros, hombres y mujeres de América, la suprema responsabilidad de conjugar nuestros desvelos, para poder garantizar a los pueblos el derecho a regirse por instituciones democráticas y representativas, que garanticen la dignidad del ser humano y el libre desarrollo de la sociedad a que pertenece.

Por eso invitamos a todos los trabajadores, manuales e intelectuales, a los estudiantes, a todas las organizaciones e instituciones democráticas, a concurrir a la Conferencia Latinoamericana por las Libertades que se realizará en Santiago de Chile, entre los días 26 al 29 del mes de junio venidero.

Los objetivos de esta reunión, que está destinada a conseguir tan fecundos resultados, son los siguientes:

- Luchar por la libertad de los presos por motivos estudiantiles, sindicales, políticos y religiosos, que permanecen encarcelados en diversos países de Latinoamérica;
- Organizar a los diferentes sectores de la ciudadanía de cada país, para defender la libertad de expresión oral y escrita, la libertad religiosa y cultural y los derechos sindicales y políticos; y
- Respeto al veredicto democrático de los pueblos para darse el gobierno que estimen más conveniente para su progreso y bienestar colectivos.

Santiago, Chile, Abril de 1955.

El Comité Patrocinador.

Clotario Blest

Presidente de la Central Unica de Trabajadores de Chile.

Eugenio Varela

Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica.

Benedicto Chuaqui

Presidente del Sindicato de Escritores de Chile.

Enrique Gómez Correa

Presidente de la Asociación de Juristas Democráticos

Luis Oyarzún

Presidente de la Asociación Escritores de Chile.

Max Silva

Presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes.

Juan Emilio Pacull

Presidente del Círculo de Periodistas de Chile.

Víctor Barberis

Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile.

Mercedes Fuentealba

Presidente del Comité Nacional Femenino de Unidad.

Santiago Alegría

Presidente del Movimiento por las libertades y los derechos humanos.

Mireya Lafuente

Presidente Alianza de Intelectuales de Chile.

Grandezas y miseria de la política

DONOSO CORTES

Por el Lic. Alfonso Francisco Ramírez

(En Rep. Amer.)

Juan Donoso Cortés nació en Villanueva de la Serena (Badajoz), en 1809. Murió en París, en 1853. Estudió en Salamanca, lógica y metafísica. En Sevilla, jurisprudencia. Fué diputado a Cortes. Secretario del Consejo de ministros. Embajador en Berlín y en París. Orador elocuentísimo, gran escritor, que ha sido incluido en el Catálogo de Autoridades de la Lengua. Obras: Ensayo Sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo. De la Monarquía Absoluta en España, El Clasicismo y el Romanticismo. Vico y la Filosofía de la Historia. Su discurso sobre la Biblia, es una joya de Antología. He aquí algunos de sus profundos conceptos, vertidos en un lenguaje armonioso y elegante.

EL PROGRESO

La humanidad camina; pero como ha de caminar siempre sin reposarse jamás y como su camino es agrio y escabroso, sus pasos son mesurados y lentos. El hombre se apena porque siente dentro de sí la voz de su espíritu, que le dice, sólo es dueño de la hora que se desliza y que pasa; pero, ¿por qué se apenaría el género humano, como se apena el hombre, cuando tiene delante de sí el Océano de los tiempos y cuando las fronteras de la eternidad son sus únicas fronteras?

CIVILIZACION Y CULTURA

La cultura es la civilización propia de un pueblo de poetas y artistas. La civilización es la cultura propia de un pueblo que se ocupa en vencer graves problemas políticos y graves, problemas sociales. La cultura es la civilización de un pueblo en su infancia. La civilización es la cultura de un pueblo ya adulto y ocupado en pensamientos civiles.

EL PODER JUDICIAL

Entre todas las instituciones públicas, la de la magistratura es la menos susceptible de este nombre, porque es esencialmente pasiva; órganos impasibles de los jueces, no hacen más que declarar si la ley es aplicable a un hombre, o si es aplicable a un hecho; columnas inmóviles del edificio social, los jueces son el más firme apoyo del Estado; pero no por eso constituyen un poder, si no se la asocia con la idea de la actividad, ni la actividad puede concebirse en el poder, si esa actividad no es espontánea, y si al realizarse no se formula en preceptos.

LIBERTAD

La idea de la libertad se funda en la del libre albedrío, y el libre albedrío no es un descubrimiento de la filosofía, es un hecho revelado por Dios al género humano.

FRATERNIDAD

La idea de la fraternidad, escrita en la bandera de los demagogos, trae su origen

de la idea de la unidad del género humano; idea que no es demagógica, sino idea genesiaca; idea que ha sido revelada al hombre por Dios, y que no ha sido inventada por los hombres.

EL MUNICIPIO

La unidad municipal es un hecho primitivo en todas las sociedades humanas; y tan primitivo y necesario que es compatible en todas las instituciones y con todas las formas de gobierno. Cuando los bárbaros del Norte destruyeron el imperio de los Césares, la unidad municipal sobrevivió a la gran catástrofe del mundo civilizado. La unidad del capitolio fué menos fuerte y menos necesaria para la civilización, que la unidad de una aldea, como la unidad de un pueblo es menos necesaria para los progresos de la humanidad que la unidad de la familia. Disuelta la unidad municipal, desaparecerán las sociedades de la tierra; disueltos los vínculos de la familia, desaparecerá el género humano.

GOBIERNO

Los gobiernos no tienen una vida propia, sino una vida de relación; no son entidades escolásticas, sino realidades históricas; por eso no deben ser apreciados en sí mismos, sino en su relación con la sociedad.

ACCION

Todo gobierno es una acción, de tal manera, que un gobierno que no obra, abdica: para un gobierno, obrar es ser. Ahora bien: toda acción tiene un principio de donde nace, un fin a donde camina a un ser que le sirve de término para realizar su fin. El gobierno tiene su principio es la sociedad; su fin en la sociedad, y el ser sobre que se ejercita, es también la sociedad. Así, el gobierno no es otra cosa que la acción social: o si se quiere, es la sociedad misma en acción.

DERECHOS ABSOLUTOS

La de los que creen que no hay derechos absolutos en la tierra, que los insensatos que los proclaman para sí, sean príncipes, sean asambleas deliberantes, sean pueblos, pronuncian una blasfemia contra Dios y cometen un delito contra los hombres; que todo derecho no limitado por un deber se llama tiranía, como todo deber que no está acompañado de un derecho, se llama servidumbre; que las palabras deber y derecho no han sido nunca separadas entre sí, sin que su preparación haya dejado de dar al mundo el espectáculo de las bacanales imperiales o de las bacanales revolucionarias; de un hombre en delirio o de un pueblo demente.

INSTITUCIONES

El único problema que las instituciones políticas deben resolver para existir, consiste en encontrar el medio de satisfacer cumplidamente todos los intereses sociales, así los que nacen y mueren, como los que se perpetúan; así los que interesan a los individuos, como los que interesan a los pueblos, ni felicidad para los individuos, ni estabilidad para las instituciones, cuando entre los intereses no hay concordia y armonía.

MISION Y PROBLEMA DE GOBIERNO

Este problema consiste en respetar la individualidad humana sin que los cimientos de la sociedad vacilen, y conservan la sociedad sin encadenar al hombre; en una palabra, consiste en encontrar la ley que ha de convertir en unidad armónica el dualismo incoherente del individuo y de la ley de asociación.

IMPUESTOS

Que las dilapidaciones de los caudales públicos son un mal muy grave, es cosa fuera de toda duda. Que la intervención por parte de los representantes del pueblo en la imposición de las contribuciones, es de suyo poderosa; para evitar hasta cierto punto la dilapidación de los caudales, que pasan de las manos del pueblo a las... del tesoro, es una cosa evidente. Que siendo esto así, esa intervención considerada en sí misma, es útil-procomún, es doctrina que ni ha encontrado, ni encuentra, ni encontrará jamás probablemente temibles adversarios.

MINISTROS

El Ministerio Público no es una sinecúra, su nombre lo dice: es un servicio y un servicio penoso. Gobernar no es ser servido, es servir; no es gozar, es remar y vivir y morir, puesta la mano en el remo. A ese precio, lo son verdaderamente. ¿Cuántos ministros creéis que ha habido en esta época, en España? La Gaceta, dice que muchos, y yo sostengo que ninguno; porque ser verdaderamente ministro, no es recibir de la ley esa denominación, es además, y sobre todo, ser aceptado como ministro por la Historia.

SILENCIO

Nada hay más espantoso que el silencio de un pueblo, siempre presagio de desventuras; cuando todo el pueblo calla, prestad un atento oído, y escucharéis antes de mucho su explosión y el gemido de sus víctimas.

MUERTE

Los cristianos no deben llorar a los que acaban cristianamente, porque los que acaban cristianamente, se transfiguran y no mueren.

México, D. F. 1955.

Roberto Brenes Mesén en el "Repertorio Americano"

(En *El Noticiario*. San José de Costa Rica. Mayo de 1955)

Tomo I	Nº 5	Una carta de Brenes Mesén a J. García Monge.
Tomo I	Nº 5	El cuarto de Hora.
Tomo I	Nº 12	Notas Editoriales.
		Reseña Histórica de Talamanca por Ricardo Fernández Guardia. John M. Keith.
Tomo I	Nº 14	Dos notas bibliográficas.
Tomo II	Nº 9	Nuevas tendencias de la educación en los Estados Unidos.
Tomo II	Nº 10	Carta a Chocano En rebelión los días. (poema)
Tomo II	Nº 11	La nota bibliográfica.
Tomo II	Nº 12	Carl Sandburg. Fragmento.
Tomo II	Nº 13	Dos notas. Flor de humanidad. En el telar de las horas (verso).
Tomo II	Nº 16	Conciencia acallada (verso).
Tomo II	Nº 18	La Propia.
Tomo II	Nº 24	Tus últimas palabras (verso) Recuerdo (verso)
Tomo II	Nº 25	Es deficiente la educación musical en nuestras escuelas.
Tomo II	Nº 28	Nota bibliográfica.
Tomo II	Nº 29	Nota pedagógica.
Tomo II	Nº 30	La siempre bella extranjera (poema).
Tomo III	Nº 2	Arturo Torres Rioseco.
Tomo III	Nº 5	Encajes.
Tomo III	Nº 12	Una iniciativa del Congreso Universal de la Prensa.
Tomo III	Nº 13	Memorias de la Princesa Lamballe
Tomo III	Nº 26	Proceso Histórico
Tomo III	Nº 28	Infusión de sangre en el organismo político. La colección cervantina en la Sociedad Hispánica de América.
Tomo IV	Nº 11	Sueño de Cádiz (poema).
Tomo IV	Nº 13	El clericalismo católico.
Tomo IV	Nº 15	Desde la torre del vigía, en los números: 14 - 16 - 17.
Tomo IV	Nº 15	Una mente arzobispal.
Tomo V	Nos. 4 - 5	Las campanas.
Tomo V	Nº 6	Respuesta al cuestionario del "Repertorio Americano"

Frasas para García Monge

En una de mis frecuentes conversaciones con usted, —tan gratas y provechosas para mí—, le hice la formal promesa de dedicar unas horas a sacar, ordenadamente, la presencia del escritor Roberto Brenes Mesén en el "Repertorio Americano". Eso mismo le ofrecí a doña Ana María, la ejemplar compañera de don Roberto. Hoy cumpla con ambos. Y créame, don Joaquín, que al terminar esa revisión he quedado asombrado: por la cantidad, la variedad y la calidad de esa colaboración.

Sirva, pues, esta modesta contribución mía para dejar bien clara la afirmación (hecha ya por hombres ilustres de América) de que don Roberto Brenes Mesén fué— sin lugar a dudas— un valor Continental, uno de nuestros Grandes de América. Aunque ésto no les caiga muy bien a ciertos curitas (vistan o no sotana) ni a los que padecieron o aún padecen "miopía pedagógica", ya que no perdieron ocasión, —cuando ésta les fué propicia—, para negar o empequeñecer la obra cultural de Brenes Mesén.

Pero él volaba más alto que ellos y su obra cubre más de medio siglo de DINAMISMO INTELECTUAL —caso no muy común entre nosotros— y ópimo fruto de su mente clara y penetrante, de su recia voluntad, dócil a su condición —excelente— de hombre de estudio, de su noble corazón de artista.

El Hombre y su Obra, un ejemplo edificante para nuestra juventud, —que es de esperar le haga justicia en el tiempo—, y también para muchos de nuestros escritores nacionales que mantienen la pluma inactiva, por no decir abandonada.

RAFAEL SALAS M.

Tomo V	Nº 10	Amadas de los poetas. Un instante con Novalis.
Tomo V	Nº 19	El ejemplo de Italia.
Tomo V	Nº 28	Acerca de algunos trabajos del señor Moisés Vicenzi en los números: 23 - 26 - 27.
Tomo VI	Nº 1	Una profecía del poeta Santiago Argüello
		Trébol.
		—
Tomo VI	Nº 5	Juicio acerca de "El ocaso del dogmatismo literario".
Tomo VI	Nº 6	Poesías diversas en los números: 5 - 10 - 14 - 23.
Tomo VI	Nº 8	Nota bibliográfica.
Tomo VI	Nº 13	Juicio acerca de "El Anfora sedienta".
Tomo VI	Nº 24	Ashrama.
Tomo IX	Nº 7	Voz de aliento. (Carta al poeta Eduardo Uribe)
Tomo IX	Nº 13	Una tarde con Lucrecia. (Carta a D. Tomás Povedano.)
Tomo IX	Nº 20	Sobre el libro de Pío Baroja: "Juventud, egolatría, etc."

Tomo X	Nº 1	Un discurso que no se pronunció.
Tomo X	Nº 5	Ciertos libros, ciertos estudios.
Tomo X	Nº 8	Carta al Sr. Secretario de Educación Pública.
Tomo X	Nº 15	¿Cansancio?
Tomo X	Nº 16	Incidencias.
Tomo X	Nº 23	Letras de América. (Poemas de Jaime Torres Bodet).
Tomo XI	Nº 4	El Gobierno de los Mejores. En defensa de Lugones.
Tomo XI		Noches syracusanas en los números: 11 - 12 - 14.
Tomo XIV	Nº 6	El Repertorio Americano.
Tomo XIV	Nº 8	Respuestas impersonales.
Tomo XIV	Nº 9	Alberto Guillén
Tomo XV	Nº 4	Respuestas impersonales.
Tomo XV	Nº 5	Edad escolar.
Tomo XV	Nº 6	Reparos a los "Apuntes para una Geometría del porvenir" de M. Vincenzi.
Tomo XV	Nº 16	Mr. John M. Keith.
Tomo XVI	Nº 11	Un virtuoso pianista de Costa Rica.
Tomo XVII	Nº 3	Noticias de libros. ("El pueblo del sol" de Augusto Aguirre Morales).
Tomo XVII	Nº 4	Página Lírica (Del tomo "Los Dioses vuelven").
Tomo XVII	Nº 7	Noticia de libros. ("Palabras socráticas", por Arturo Cándela).
Tomo XVII	Nº 24	La Razón.
Tomo XVIII	Nº 1	El talismán.
Tomo XVIII	Nº 5	In Memoriam (poema).
Tomo XVIII	Nº 12	¿Es acaso un despertar?
Tomo XIX	Nº 7	La Epopeya de la Cruz de J. M ^a Alfaro Cooper.
Tomo XIX	Nº 10	A propósito de Folletos Lenguaraces de Río de la Plata.
		—
		En el Nº 15 de este tomo se reproduce el poema "Sueño de Cádiz", ya publicado en el Nº 11 del tomo IV.
Tomo XX	Nº 5	Nell.
Tomo XX	Nº 12	Jóvenes poetas:
Tomo XXI	Nº 7	A propósito del ensayo. Bolívar (de Cornelio Hispano).
Tomo XXIII	Nº 10	Gabriela Mistral.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

...“y concebí una federación de ideas,” — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

“Bárbaros, las ideas no se matan” repitió Sarmiento

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. — Bolívar

Teléfono 3754

Correos: Letra X

J. García Monge

Editor

En Costa Rica:

Susc. anual: ₡ 18.00

Exterior:

Suscripción anual:
\$ 5 dólares

Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.

Tomo XXIII	Nº 11	Tomo XXXVII	Nos. 19-20	Tomo XLII	Nº 14
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua.		A Chile.		Peruanidad y cultura.	
Tomo XXIV	Nº 20	Tomo XXXVII	Nº 23	Tomo XLII	
El fragmento de Roncesvalles.		Un castellano leal.		Reseñas bibliográficas en los números: 15 - 17 - 18 - 19 - 20.	
Tomo XXVI	Nº 3	Tomo XXXVIII	Nº 5	Tomo XLII	Nº 23
“Cantinelas” de Ventura García Calderón.		Braulio Carrillo.		Asociación de escritores y artistas de América.	
Tomo XXVII	Nº 11	Tomo XXXVIII		Tomo XLII	Nº 27
Una obra de Unamuno.		El Político. (ensayo)		Tramonte. (poema).	
Tomo XXVII	Nº 22	Aparece en los números: 13, 14, 15, 16, 19, 20, 21. Se recogió en un folleto.		Tomo XLIII	Nº 2
Versos nuevos.		Tomo XXXVIII	Nº 16	El Itinerario.	
Tomo XXVIII	Nº 16	“Alas en fuga”		Tomo XLIII	Nº 10
“Don Pancho Garuya” novela de Manuel Guzmán Maturana.		Tomo XXXIX	Nº 2	Cervantes. Notas para una conferencia.	
Tomo XXVIII	Nº 18	Roosevelt. (Poema)	Nº 7	Tomo XLIII	Nº 14
Misión de las “élites”.		Tomo XXXIX	Nº 9	Mi patria. (verso).	
Tomo XXIX	Nº 3	Escuela José Martí.	Nº 14	Tomo XLIII	Nº 21
Talismán roto.		Tomo XXXIX	Nº 14	Apuntes inéditos de Brenes Mesén	
Tomo XXX	Nº 1	La experiencia religiosa.	Nº 3	Tomo XLIV	Nº 1
Martí en México.		Tomo XXXIX	Nº 4	Corrientes literarias contemporáneas en Costa Rica.	
Tomo XXXI	Nº 14	A propósito de una encuesta acerca de José Enrique Rodó.	Nº 5	Tomo XLIV	Nº 20
Prosa.		Tomo XL	Nº 7	En el centenario de la publicación de la Gramática de don Andrés Bello. Termina este estudio en el Nº 24.	
Tomo XXXI	Nº 15	La decadencia europea.	Nº 8	Tomo XLV	Nº 7
Mi Delirio sobre la Cumbre Sandía.		Tomo XL	Nº 9	El carácter.	
Tomo XXXII	Nº 10	Vistas americanas.	Nº 11	Tomo XLV	Nº 14
El libro de Chilam Balam de Chumayel		Tomo XL	Nº 12	Descubrimiento. (verso). Cristo. (verso). Universitarios y profesionales.	
Tomo XXXII	Nº 11	El Vice-Presidente de los Estados Unidos, Henry A. Wallace.	Nº 13	Tomo XLVII	Nº 17
Reseña de libros.		Tomo XL	Nº 19	La prueba de Hilda Kaluza. Versos inéditos.	
(Romancero del Río de la Plata por Luis Cané).		Tomo XL	Nº 2	Tomo XLVIII	Nº 4
Tomo XXXII	Nº 12	Dos poemas inéditos.	Nº 16	Flor de humanidad. Ultimo adiós. (verso).	
Reseña de libros. (Crítica, por Ramón Doll).		Tomo XL	Nº 23	Tomo XLVIII	Nº 5
Tomo XXXII	Nº 13	Mi respuesta a Mr. Carleton Beals.	Nº 12	Brenes Mesén Roberto, en la “Colección Ariel”	
Reseña de libros. (El joven llorado de Cornelio Hispano).		Tomo XL	Nº 13	Tomo XLVIII	Nº 7
Tomo XXXIV	Nº 14	Autores y libros.	Nº 19	La lección perdurable.	
Nuevo sentido etimológico de “Filosofía”.		Tomo XL	Nº 2	Tomo XLVIII	Nº 12
Tomo XXXV	Nº 16	Tres poemas.	Nº 16	A propósito de algunos libros de texto para aprender castellano. Esto le sugiero. Las ciencias profanas y las ciencias ocultas.	
Mauro Fernández, pensador.		Tomo XL	Nº 23	NOTA:— Después de su muerte (19 de Mayo de 1947) el “Repertorio Americano” ha publicado: cartas, versos, y juicios, en su recuerdo y acerca de la obra del escritor.	
Tomo XXXV	Nº 21	Prosa.	Nº 5		
Sobre la “Obra Literaria” de Víctor M. Londoño.		Tomo XL			
Tomo XXXV	Nº 23	Sarmiento (Introducción).			
Informe.		Tomo XL			
(Primer Congreso de la Enseñanza de la Literatura Iberoamericana).		Tomo XL			
Tomo XXXVI	Nº 9	Froylán Turcios.			
Noticia de libros. (Arausi, novela histórica por Diego Povedano).		Tomo XLI			
Tomo XXXVI	Nº 12	Un médico de buena voluntad.			
Noticia de libros. (La tragedia de Nilse de Luis López de Mesa).		Tomo XLI			
Tomo XXXVI	Nº 20	Este Romancero...			
Segismundo Freud.		Tomo XLI			
Tomo XXXVI	Nº 21	Sarmiento el educador.			
Alfonsina Storni.		Tomo XLII			
Tomo XXXVII	Nº 4	Akhnaton en la historia de las religiones.			
Rosas de Jericó.					